

Pensar, sentir
y Vivir
la Quebrada
La Manguala
desde la memoria

RELATOS Y CRÓNICAS

Pensar, sentir
y vivir
la Quebrada
La Manguala
desde la memoria

RELATOS Y CRÓNICAS



**PENSAR, SENTIR Y VIVIR LA QUEBRADA LA MANGUALA DESDE LA MEMORIA.
RELATOS Y CRÓNICAS**

ISBN: 978-958-56366-0-6

Corporación Pro Romeral para la Recuperación y Preservación de Microcuencas

Director

Carlos Mario Uribe García

Representante Legal

Esmeralda Cardona Ochoa

Equipo de Trabajo

Johana Borja Álvarez
Dario Zapata Agudelo
Meliza Arango Muñoz
Liyanet Romero Castaño
Carlos Andrés Garzón Acosta

Investigación y Textos

José Rodrigo Atehortúa Castaño
Johana Borja Álvarez

Fotografías

Archivo Corporación Pro Romeral
Archivo Familiar Vélez Muñoz

Coordinación de la Publicación

Carlos Andrés Garzón Acosta

Diseño, Diagramación e Impresión

www.DeMenteCriolla.com

Primera Edición
Medellín 2017

Corporación Pro Romeral

Teléfono: 2865734 | Calle 48 Sur No. 69 A - 26 | San Antonio de Prado
proromeral@yahoo.com | corproromeral@hotmail.es

Permitida la reproducción parcial o total de esta publicación con fines pedagógicos citando las respectivas fuentes.

Contenido

PRESENTACIÓN 5

LÍNEA DE TIEMPO 10

RELATOS

- » Una reseña histórica de la quebrada La Manguala 12
- » Las lavanderas de La Manguala y La Cabuyala 14
- » Recordar es vivir 16
- » Nacimiento de los hermanos cristianos Sallistas en San Antonio de Prado ... 18

CRÓNICAS

1. Las voces del agua 20
2. De cuando la Manguala fluía libre y alegre 24
3. La herencia que no debimos recibir y la lucha por la sobrevivencia 28
4. Llegaron los “pechiblanco”, los grandes animales emigraron 34
5. Los embrujos del silencio y el rugido de las aguas 38
6. Chapuciando recuerdos y pescando nostalgias 44
7. Resistiéndose a morir ante la avalancha urbanística 50
8. Movimientos sociales tras el agua 56
9. El Romeral: montañas de esperanza 60
10. Guardianes del futuro y del silencio 66

BIBLIOGRAFÍA 70

Presentación

Este documento, es un producto del componente de estrategia comunicacional y de sensibilización sobre la memoria histórica de la Quebrada La Manguala y sus afluentes, en el marco del contrato Interadministrativo suscrito entre la Secretaría de Medio Ambiente de la Alcaldía de Medellín y la Corporación Académica Ambiental de la Universidad de Antioquia, para ayudar a la consolidación de una cultura ambiental mediante procesos educativos ambientales y otras iniciativas ciudadanas en el Corregimiento de San Antonio de Prado. El proyecto surgió como una propuesta de la comunidad participante en la comisión de medio ambiente del programa de Planeación Local y Presupuesto Participativo de la Alcaldía de Medellín, priorizado durante el año 2015 para ejecutar durante el 2016, con el objetivo de hacer reconocimiento al recurso hídrico del corregimiento, iniciando por la Quebrada La Manguala.

La memoria histórica genera identidad colectiva y permite reconstruir imaginarios, historias, experiencias de vida, tradiciones culturales, y lo más importante, reconoce las voces de los sujetos sociales, sus saberes propios, subjetividades y proyecciones de vida. El objetivo principal se orientó a reconstruir la memoria histórica de la microcuenca La Manguala mediante



la metodología IAP (Investigación-Acción Participativa), como herramienta pedagógica para la educación ambiental. Así mismo, buscó propiciar y dinamizar escenarios de participación, reflexión y dialogo que dieran cuenta de los principales eventos, acontecimientos y experiencias significativas para la comunidad en relación con la Quebrada La Manguala, fortalecer los lazos identitarios de las comunidades y sensibilizar a los participantes sobre la importancia de reconstruir la memoria histórica de la cuenca, al igual que la necesidad de recuperarla, conservarla y protegerla. Éste ejercicio ha sido realizado por un equipo de facilitadores, miembros de la Corporación Pro Romeral, la Corporación Académica Ambiental de la Universidad de Antioquia y principalmente con el apoyo decidido de los propios pobladores que, con su palabra expresada en los testimonios utilizados a lo largo del texto, dieron vida a este escrito.

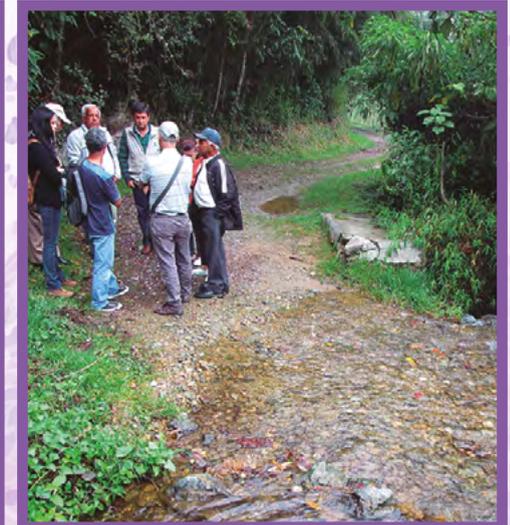
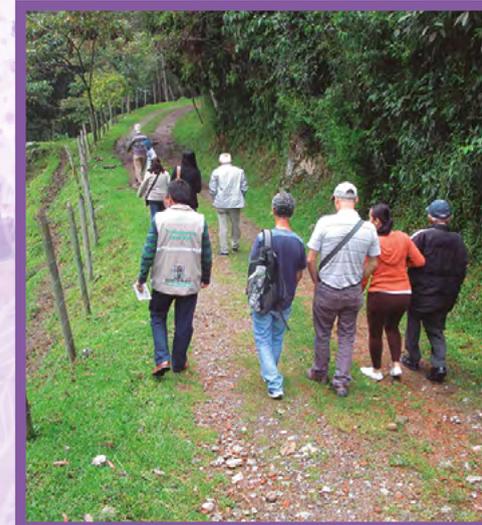


Esta estrategia participativa, facilitó la recolección de información vivencial y testimonial, en dónde, la narración oral y escrita, las historias de vida, las entrevistas semi-estructuradas, la línea del tiempo y la cartografía social, fueron instrumentos claves para la construcción de conocimiento, la participación



activa de la comunidad y la recuperación de eventos memorables, entendidos como aquellos acontecimientos y/o experiencias que dejan huella en la memoria colectiva por su potencia evocadora de un pasado vivido, que se transforman en referentes simbólicos y que son susceptibles de ser retomados y actualizados por distintos actores de la comunidad.

Este ejercicio, permitió generar un proceso reflexivo de carácter socio-ambiental, caminar en el pensamiento, la palabra y las dinámicas que se han tejido a través de la historia, en torno a La Manguala. Darle vida a este proceso, implicó un trabajo continuo de articular y actualizar las memorias personales y colectivas, para acercarnos a la comprensión de las convergencias significativas que dan sentido de pertenencia, cohesión y transcendencia a los grupos sociales e individuos.





El proceso se desarrolló en cuatro fases desde un enfoque holístico; una fase de revisión documental que implicó la revisión bibliográfica sobre memoria histórica y de archivos personales pertinentes al propósito del componente; una segunda fase de seis encuentros llamados “Sentí-pensemos La Manguala desde la memoria” con las localidades pertenecientes al área de influencia de la quebrada (comunidades de El Vergel, María Auxiliadora, las Veredas Potrerito y La Florida) y una serie de entrevistas que aportaron a la elaboración de las crónicas; un recorrido por la parte alta y media de la cuenca, y finalmente la fase de triangulación de la información, análisis y escritura.

De esta manera, este componente le apostó al enriquecimiento de los saberes tradicionales, la reflexión sobre el patrimonio natural, ambiental y cultural, el reconocimiento de lo subjetivo y colectivo de las experiencias de vida y saberes propios de las comunidades cercanas a la Quebrada La Manguala, que sin duda contribuyeron al fortalecimiento de la pluralidad de la historia local. Así mismo, fue un llamado a continuar los procesos de memoria histórica en el corregimiento, a descubrir, apropiarse y sentipensar el territorio, a encontrarnos y reconocernos en las experiencias de vida del otro, crear nuevos espacios y escenarios de encuentro para que las comunidades se piensen como actores imprescindibles en el cuidado y transformación de San Antonio de Prado.

El propósito que nos asiste con la publicación de este documento, es el de poder entregar a las comunidades que participaron del proceso, un registro del trabajo realizado conjuntamente y un producto pensado directamente para ellos, donde se reconozca su participación y sus voces. Es por esto que, agradecemos a cada uno de los participantes por haber acogido este proceso como suyo, brindarnos sus conocimientos, sus pensamientos, sentimientos, nostalgias y añoranzas, y por contribuir a la recuperación de la memoria histórica de la microcuenca La Manguala “Una arteria de vida”.

Vereda Potrerito

- Yamile Penagos
- Argemiro Pérez Holguín
- Carmen Lilia Pérez
- Alejandro Gutiérrez
- Carlos Mario Uribe García

Vereda La Florida

- Ignacio Bedoya
- Jorge Bedoya
- Clara Inés Quiceno
- Luis Hoyos
- Bernardo Mejía
- Elkin Echeverry
- Gonzalo Giraldo
- Guillermo Quiceno

El Vergel

- Eusebio Vélez
- Francisco José Muñoz
- Nora Estela Muñoz
- Julián Vélez
- Ignacio Bustamante
- Luz Ángela Vélez
- Yolanda Vélez
- Humberto Salazar

Barrio María Auxiliadora

- José García

Parte Central

- Mario Rico Hurtado



Línea de Tiempo

1940

Llegada de los
Hermanos Cristianos Lasallistas

1992

Conformación del barrio
El Limonar y separación
de El Vergel.

1965

Desaparición del niño Josué
en la laguna de El Silencio

1988

Atentado contra León Velásquez
Presidente de la JAC.
Muere la época de pesca.

1970

Accidente y muerte de Miro y
Horacio en la Quebrada.

1985

Construcción de los barrios
María Auxiliadora
y Los Salinas.

1973

“La tragedia de El Vergel”
Deslizamiento que dejó
14 muertos.

1984

Desde 1984 hasta 1992 se hacía el viacrucis
por los alrededores de la microcuenca.

1978

Se realizaban sainetes, chocholatiadas en la
Quebrada y se visitaba a la virgen de Lourdes



Relatos



Una Reseña Histórica de la Quebrada La Manguala

Escrito por: Eusebio Vélez y Julián Vélez

Empiezo desde su desembocadura a la Quebrada Doña María, a un lado del sector La Pradera. Las mangas extensas donde la quebrada abría su cauce, entre la carretera principal de Prado y la quebrada, eran los terrenos del club de tiro, caza y pesca, terrenos que hoy en día están abandonados.

Los muchachos de aquel sector de La Manguala tenían una pequeña cancha. No puedo olvidar la propiedad de don Eduardo Toro, que fue muchas veces afectada por la creciente de la quebrada. La última vez que esta se creció fue por los años de 1990 o 1995, donde la fuerza de sus corrientes debilitó la estructura del puente, por causa de esto fue suspendido el tráfico vehicular, trasladado a la vía de El Vergel, con restricciones por lo estrecho de sus vías.

Cómo olvidar “La Estación” en la vieja Manguala, que era cantina, granero, carnicería propiedad de don Tristán Salazar. En la parte trasera del establecimiento, había un tanque de agua sacada de la quebrada La Manguala para alimentar las casas de la parte baja. A partir de La Manguala, la quebrada hacia arriba se encuentra entre propiedades de fincas como las mangas de don Bernardo Escobar, propiedad muy extensa. A partir de aquí, empiezo a contar las experiencias y las vivencias de cuando hacíamos los charcos para bañarnos aprovechando la corriente de la quebrada; por estas mangas también había un paso o camino de los habitantes del Hoyo de Cantarrana y de El Vergel para pasar a lo que llamábamos la Vuelta del Buey, camino que nos comunicaba con la carretera principal o Pradito, calle que se abre en tres ramales, a mano izquierda subiendo a salir al morro, a la derecha bajando la calle donde hoy en día es Compartir y la del frente que pasa por Prados del Este.

En el sector de Cantarrana extraían materiales como piedras, gravilla y las mujeres de El Vergel aprovechaban sus aguas para lavar la ropa. Cómo no mencionar los primeros habitantes del sector, Leonel Escobar, su esposa Teresita, don Suso Ramírez, don Toño Hoyos, Toño Restrepo, doña Ernestina Cuartas (conocida como Tinita), Jesús María (Chocho Gil), su esposa doña María y los populares Ñato, Josecito y Merceditas.

Siguiendo con la quebrada, la propiedad de don Enrique no sé si su apellido era Escobar, estaba rodeada de cultivos de plátano, café, naranjas, hoy llamada La Palomera. Sus primeros habitantes que recuerdo fueron Juan Cano y José Puerta. En lo poco plano que tenía el sector, hacíamos canchas para jugar y los charcos de baño. Entrando a mano izquierda de La Palomera hacia la falda de la quebrada había un pomar bastante grande, que hoy en día no existe por la extensión de las casas construidas. Aguas arriba de La Palomera se encontraba con la finca La Riviera, luego con los bejucos y el camino viejo de las cuchillas antes de ser llamado El Vergel.

Contar historias como la de Facio, personaje popular del Vergel y Prado como mandadero y cargador de mercados, donde en uno de sus descansos, se fue con el mercado que llevaba a las aguas de la quebrada; Ja, ja, decía la gente: “¡Qué buñuelo!”. La otra historia de Don Enrique Bustamante, montado en su yegua “Estrellita” con sus tragos encima, se fue con bestia y todo a la quebrada.

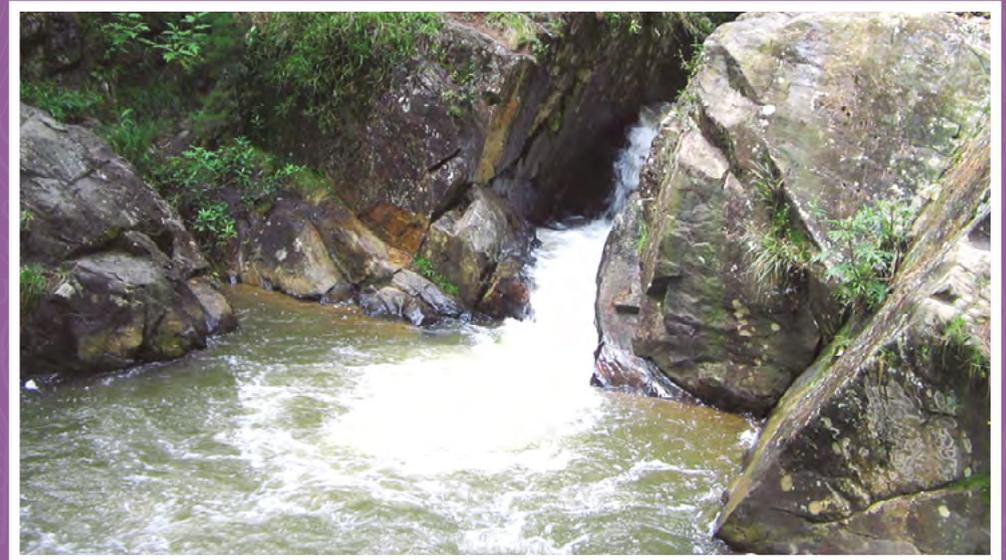
Después del puente de La Florida, desde 1968 hasta 1985 predominaban los bosques, los yarumos blancos, pinos, carboneros, eucaliptos, sietecueros; donde Prado y El Vergel tienen sus bocatomas de agua.

Las Lavanderas de La Manguala y La Cabuyala

Escrito por: Yolanda Vélez y Luz Ángela Vélez Muñoz

En la casa de doña Laura Jiménez había un pozo de agua de nacimiento, no era muy grande y solo lo utilizaban para la alimentación, por eso les tocaba trasladarse a las quebradas La Manguala y la Cabuyala a lavar la ropa. Nohemí, hija de doña Laura Jiménez se hacía un rollo con un trapo en la cabeza y se subía la ponchera llena de ropa para ir a lavarla, y un atado de sábanas y colchas en cada mano.

Buscaban los mejores charcos en las quebradas, llevaban sus bateas de madera con la ropa separa por colores, la blanca se tendía sobre los matorrales más altos y la de color en la manga y las piedras de la misma quebrada. Tomaban un tinto y llevaban mandarinas y naranjas para su alimentación, no les faltaba la cajetilla de cigarrillos piel roja.



Lavaban a las cinco de la tarde, se quitaban las chanclas para que el agua no se las llevara y en la misma quebrada se bañaban para irse a la casa a hacer la comida. Mientras tanto nosotras jugábamos, comíamos mora, cogíamos chochos, pomos y nos lisábamos por las mangas con un cartón hasta que los calzones se nos rompían. También cogíamos pescados; sardinitas, cangrejos, renacuajos y hacíamos burbujas de jabón.

El día Domingo, Nohemí se ponía muy bonita y elegante con su vestido corto estilo sastre para ir a la misa de cuatro de la tarde en San Antonio de Prado. Ella vivía en una casa humilde de bahareque con sus padres, sus dos hermanitos discapacitados, Jaime Jiménez y Fernando Jiménez y sus otras dos hermanas.

Recordar es Vivir

Escrito por: Yolanda Vélez y Luz Ángela Vélez Muñoz

En el año de 1989 vivíamos de paseo de olla, chocolatiada y sancochada, nos íbamos para la piscina del colegio de los hermanos La Salle y al aserradero del cristo San José en la última cancha del colegio, que ahora es la Institución Educativa San José Obrero. Éramos Hugo Alberto Vélez Gallego, Margarita Gutiérrez, Luz Mery Cano Sepúlveda, Luz Yolanda Vélez Muñoz, Oscar de Jesús Cano Muñoz, Luz Ángela Vélez Muñoz (la fotógrafa), Lucero Vélez, Fernando Atehortúa su esposo, Clara Cecilia Vélez Muñoz (la niña), Estela Vélez Muñoz, Gloria María Cano Sepúlveda y Luz Mariela Cano ya fallecida.

Allí también recogíamos musgo para el pesebre y el jardín, otros cogían el bejuco de los árboles de la quebrada La Manguala, saltábamos lazo y jugábamos a la culebrita. Subíamos al aserradero arriba de la virgen a ver cortar la madera y a que nos regalaran para prender el fogón y hacer la chocolatiada o el sancocho; no llevábamos mucho revuelto, porque los campesinos de las huertas del colegio nos regalaban.



Llegábamos a la gruta de la virgencita de la que no recordamos el nombre, la limpiábamos, le llevábamos bombas blancas y azules, girasoles que recogíamos en el camino y le colocábamos velitas para alumbrarle y rezarle, cuando íbamos con los adultos hacíamos el santo rosario. De subida entrábamos a la capilla del colegio para que a saludar a los hermanos cristianos y ellos nos regalaban libritos de oraciones para que los tuviéramos en las casas y rezáramos en familia.

Vivíamos sin afán, regresábamos en la noche, bajando chacoloteábamos, comíamos chicle y los pegábamos en las puertas que tenían timbre, entre ellas la de don Bernardo de Ossa y nos escondíamos a ver cuándo las personas salían, eso nos causaba mucha risa.

En el cafetal de don José Laverde nos escondíamos a reírnos en lo que es ahora la capilla María Reina de La Familia en El Vergel.



Escrito por: Eusebio Vélez

En la década de los años 40, le compran a un señor llamado Daniel Ortiz unos terrenos para iniciar la construcción del colegio de los hermanos. Con la dirección del hermano Ceferino, con métodos o herramientas como la marrana que la desplazaban a fuerza por rieles, se construyó lo que conocemos como la Granja Taller.

Esta edificación está situada en la Vereda La Florida y rodeada de la montaña de El Romeral y por un lado de sus terrenos pasa la Quebrada La Manguala, cuyas aguas eran cristalinas y muy caudalosas.

Los personajes más recordados son el hermano Ceferino, ingeniero y constructor del colegio; hermano Jacinto, constructor de la gruta de La virgen de Lourdes; el hermano Martín, economista que se encargaba de todo lo relacionado a las actividades agrícolas y pecuarias; el hermano Tomás Alberto, encargado de los hermanos escolásticos y el hermano Jaime Gutiérrez, encargado de los aspirantes.

Los hermanos contaban con complejos deportivos como canchas de fútbol, de baloncesto, voleibol, mesas de pimpón y la piscina. La comunidad de San Antonio de Prado, subía a gozar de estos lugares, aprovechábamos la quebrada para hacer charcos y bañarnos.

Ellos también construyeron la Escuela Beato Venildo, donde estudiamos cuarto y quinto de primaria. El acceso al colegio de los hermanos era por las carreteras de La Florida, Palo Blanco, el Vergel parte alta y por los caminos de herradura por la estrella.



Crónicas

Escritas por: José Rodrigo Atehortúa Castaño

Las Voces del Agua

Los ríos tienen memoria. Son la memoria de las aguas. Los murmullos de los ríos nos relatan historias de parajes remotos y desde tiempos inmemoriales, con sus momentos de vida y muerte, de amaneceres y de ocasos, de luces y de sombras. Las voces del agua, estrepitosas y violentas a veces, suaves y encantadoras en otros casos, entonan la dialéctica sinfonía del devenir de los pueblos y el influjo de los amigos y los enemigos de los ríos. Ellos traen historias tristes cuando el rumor de las aguas se adormece y mueren de sed las voces. Pero también son historias alegres y esperanzadoras, llenas de vida, cuando el canto es vigoroso y fuerte. Las voces del agua y sus orquestaciones de los trinos, el susurro de los vientos y el incesante canturreo de los insectos y las aves, han pintado en el colorido pentagrama del paisaje la voz de los ancestros. Desde el fondo de los tiempos, los ríos nos han regresado el amoroso arrullo del abuelo acariciando el surco, pero también nos han recordado el funesto trepidar del hacha que cortó las venas a la vida.

Muchos años antes de que los cantos alegres de la quebrada La Manguala en San Antonio de Prado se volvieran tristes, un jefe tribal de las etnias indígenas Suquamish y Duwamish, en lo que actualmente es el estado de Washington de los Estados Unidos, le recordó al todopoderoso presidente de la extensa nación, Franklin Pierce, que nadie podría comprar el cielo o el calor de la tierra, en respuesta a una propuesta del gobierno de comprar las tierras que milenariamente había ocupado su pueblo indígena. Consciente de que una negativa desataría sangrientas persecuciones contra sus tribus, el gran jefe Seattle le respondió al presidente en una memorable carta de 1855, en la que hace saber que la tierra era sagrada para su gente. **“Cada aguja de un abeto, cada playa de arena, cada niebla en la profundidad de los bosques, cada claro entre los árboles, cada insecto que zumba es sagrado para el pensar y sentir de mi pueblo. La savia que sube por los árboles es sagrada experiencia y memoria de mi gente”**, expresó en uno de los apartes de la célebre carta. Más adelante, le deja bien claro al mandatario blanco que la memoria de sus ancestros indígenas corre por los ríos como la sangre por sus venas, y que la voz de sus mayores sigue escuchándose en el murmullo de los ríos. **“El agua cristalina, que corre por los arroyos y los ríos no es solo agua, es también la sangre de nuestros antepasados. Si os la vendiéramos tendríais que recordar que es sagrada, y enseñarlo así a vuestros hijos. De hecho, los ríos son nuestros hermanos. Nos libran de la sed, arrastran nuestras canoas y nos procuran alimento. Cada imagen que reflejan las claras aguas de los lagos son el recuerdo de los hechos que ocurrieron y la memoria de mis gentes. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre”**. (Club Ensayos, 2014)

Para entonces, los ríos y arroyos de San Antonio de prado y su hermana mayor la Quebrada La Manguala, serpenteaban libremente por las laderas occidentales del Valle de Aburrá, sin presagiar que en tiempos posteriores, al igual que sus hermanos mayores, los ríos del pueblo del Jefe de los “Piel Roja” y los demás ríos del mundo civilizado, caerían gravemente enfermos por la irracionalidad de una sociedad consumista que no ha querido escuchar las súplicas y el clamor del agua. Las historias que escriben los ríos, cuando son alegres, nos cuentan de la sabiduría y el respeto de hombres responsables por la naturaleza y la existencia humana. A ellos, las aguas les retornan sus cantos de alabanza con la exuberancia de la vida vegetal y animal. Si por el contrario las historias son tristes, los ríos narran crónicas de muerte y podredumbre, de codicias y ambiciones, de atropellos a la vida y a la supervivencia de la raza humana por parte los hombres que en nombre del desarrollo arrasan los bosques. A esos hombres, los ríos no se cansarán de hacer reclamos y vociferar los coros fúnebres de la desolación. Para ellos, no habrá siquiera una gota de agua fresca cuando la vida se apague y de nada sirva el poder económico y político.

Muchas voces, tormentosas y trémulas como las de los ríos, también han cantado a la vida y a la muerte desde los albores de la especie humana. Los poetas con sus versos han irradiado siempre frescura y claridad a nuestro pensamiento. Bardos que vagan libremente por infinitos espacios siderales y no son fácilmente contaminables por el dinero y el poder. En sus rimas, también hay nostalgias y reclamos. Son ellos la voz fragorosa de la conciencia humana que reclama sensatez. Los poetas son los hermanos sensibles de los ríos.

Federico García Lorca, excelso poeta español silenciado por el miedo cobarde de una dictadura militar siendo aún muy joven, observaba el paso interminable de un río, y, un instante tras otro su mirada recogía la sucesión de imágenes sorprendentes. Ya no había árboles en las orillas, pero sus siluetas se reflejaban en la corriente. Como si hubiera muerto, el viento se había detenido y se oía murmurar sobre las aguas. Cuando oscureció, el poeta sintió que volvieron sus recuerdos como iluminados por las luciérnagas, y escribió:

“Las alamedas se van, /pero dejan su reflejo / (¡Oh qué bello momento!). /Las alamedas se van /pero nos dejan el viento. /el viento está amortajado /a lo largo, bajo el cielo. / (¡Oh que triste momento!). /Pero ha dejado flotando / Sobre los ríos, sus ecos. /El mundo de las luciérnagas /Ha invadido mis recuerdos. / (¡Oh qué bellos momentos!)” (Lorca, 1920)

Otro poeta nuestro, Carlos Castro Saavedra, desde su refugio en el corregimiento de Santa Elena, también sintió correr ríos de Antioquia por su sangre. En uno de sus poemas dijo: **“Siento correr los ríos por mis venas / Y crecer las estrellas en mi frente. / Siento que soy el mundo y que la gente / Habita mis pulmones y colmenas. / De flores tengo las entrañas llenas / Y de peces la sangre, la corriente / Que caudalosa y permanente / Inunda mis canciones y mis penas.”** (Saavedra)

La mayoría de los mortales en cambio, sienten correr dinero por sus venas, inundadas por la indolencia y la insensatez. Son aquellos que siguen apagando las voces de los ríos. Cuando la necedad y la voracidad del capital hayan silenciado los murmullos del agua que fluye para alimentar la vida, los poderosos se atragantarán de tierra árida y añorarán las fuentes de vida que ellos mismos destruyeron. En la sabia carta de respuesta del Gran jefe Seattle, citada al inicio de este texto, se describe con claridad la indefensión de la naturaleza frente al capital, así como el despotismo arrogante del poder. **“Trata a su madre -la Tierra- y a su hermano -el firmamento- como a objetos que se compran, se usan y se venden como ovejas o cuentas de colores. Hambriento, el hombre blanco acabará tragándose la tierra, no dejando tras de sí más que un desierto. Mi gente siempre se ha apartado del ambicioso hombre blanco, igual que la niebla matinal en los montes cede ante el sol naciente”**. (Club Ensayos, 2014)

Los conceptos de desarrollo sostenible, que parecen estar reservados a la teoría y a la literatura antes que convertirse en un modelo de gestión de lo económico en la mayoría de los países, son apabullados por la lógica acumuladora de la economía capitalista. De poco han servido las innumerables conferencias y las declaraciones de buena voluntad de los gobernantes de los países ricos, quienes desde 1972 en Estocolmo se han comprometido salvar el planeta. La vida de antes del modelo economicista del capital, exuberante, pródiga y benévola con la naturaleza, no debe quedar en manos de declaraciones de buenas intenciones. Tampoco puede cabalgar eternamente al lomo del verso de un poeta que también muere de sed. Tal vez sea necesario volver a escuchar la voz de los mayores y entender la memoria de los ríos.

De cuando La Manguala Fluía Libre y Alegre

En la vereda Potrerito de San Antonio de Prado, en la parte alta de la cuenca de la Quebrada La Manguala, nacen, se reproducen y viven buena parte de los gallinazos que surcan los cielos del corregimiento y los territorios cercanos. Han estado allí desde épocas lejanas, tal vez durante el mismo tiempo de la edad de las piedras que les sirven de guarida. Salen de la espesura del bosque, escudriñan desde el aire en su perfecto vuelo las laderas y los riachuelos del territorio y regresan a su nido. Así lo han hecho desde siempre. Odiados y perseguidos como ninguna otra ave, -tal vez por negros y por feos-, estos infaltables y hábiles planeadores no han cesado nunca en la poco reconocida labor de limpiar los campos y los ríos de todo tipo de carroñas y especies animales en descomposición. Si los córvidos de la historia bíblica de Noé no regresaron al arca, los del nacimiento de la quebrada La Manguala regresan siempre a sus nidos, en busca del hábitat que la parte urbana no les proporciona, y tal vez decepcionados de los basureros en que se han convertido las partes bajas de nuestros ríos, entre ellos, la quebrada La Manguala.



“Gallinazo no come maíz”, se dice en el refranero popular para indicar que nadie hace lo que no es capaz de hacer. Habría que agregar que estos parientes de los buitres tampoco comen basura, ni plásticos, ni los demás desechos sólidos inorgánicos que produce la sociedad moderna. Los “Chulos” o “Goleros” de la Manguala (como suelen denominarse en otras regiones), quizás sean los únicos carroñeros que hayan adquirido algún estatus en San Antonio de Prado. Así lo cuenta el señor Argemiro Pérez:

“Son famosas –Las piedras del Gallinazo-, por la sencilla razón de que en cada piedra, digamos en la primera piedra que es aquí donde están los tanques del acueducto que va a San Antonio de Prado, hay una piedra inmensa y el volumen de esa piedra por debajo tiene una cueva en donde los gallinazos hacen sus nidos y sacan sus pollitos, hasta muy bonitos porque son blancos, no negros sino blancos, nacen blancos, esa es la especialidad de la primera piedra. De la segunda piedra que está ubicada en la quebrada El Trincho, un afluente de la Manguala, esa es todavía más inmensa que la primera y tiene las mismas características; por debajo de su piedra hay una cueva inmensa donde los gallinazos se meten ahí y colocan sus huevos y nacen los polluelos, difícil es a su acceso a la piedra por su boscosidad. ¿O sea que la cuenca de la quebrada la Manguala en la vereda Potrerito también es fábrica de gallinazos? Sí. Fábrica de gallinazos, y el gallinazo que para mí es un animal de los más sagrados que pueda tener el planeta por la limpieza que hace y por el hambre que aguanta, nos dan mucha demostración del hambre que aguanta al estilo Guajira, porque si no tiene carroña no tienen que comer, aguantan hambre. El gallinazo tiene una virtud que no la tiene ninguno, son los animales mejores voladores que tiene la naturaleza. Y que sobrevive al hambre”
(Argemiro Pérez, habitante de la Vereda Potrerito, 2016)

Resulta insólito pensar que un gallinazo se muera de hambre, aunque haya zonas y épocas en que encuentran mayor cantidad de alimento que en otras. No es exagerado pensar que los cuervos que vigilaban el nacimiento de La Manguala en la primera mitad del siglo XIX, se alimentasen mejor que hoy. La biodiversidad animal de la extensa zona boscosa de la cuenca y los alrededores de entonces, así lo permitía. Un

documento manuscrito de la parroquia del municipio de La Estrella, Antioquia, de Septiembre de 1826, el cual reposa en el Archivo Histórico de Antioquia, da cuenta de la rica fauna existente en la época: Osos, Leones, Tatabras, Venados, Lobos, Cusumbos, Osos hormigueros, Guaguas de varias especies, Tigres (Pumas), Comadreas, Chuchas o Zarigüeyas, Águilas, Pavas, Guacharacas, Tórtolas, Garzas, Patos, Pericos, Cotorras, Conejos, Gavilanes. Esta riqueza de vida animal sólo era posible por la exuberancia de la cobertura vegetal en los bosques de la extensa área de El Romeral de entonces. La vida vegetal brotando intensa y abundante en medio de la algarabía de bandadas de vistosas aves, constituía el escenario en el que deambulaban grandes felinos y mamíferos. Las aguas de la quebrada La Manguala se aprestaban a darle vida al poblado que se llamaría San Antonio de Prado en el año de 1869.

La edad de los ríos es indescifrable y resulta difícil determinar la fecha de su nacimiento, aunque pueda vaticinarse la proximidad de su muerte. Desde los inmemoriales tiempos de la sociedad prehispánica, el paso del conquistador español Jerónimo Luis Tejelo por territorio pradeño, la época de la colonia y la independencia, hasta mediados del siglo XIX, nuestra quebrada La Manguala fluyó robusta y limpia por territorios boscosos, lejos de los atropellos de los humanos. Su cauce rugía impetuoso por los terrenos del “Tigre”, (como se llamaba la zona en donde hoy está la vereda Florida), hasta su desembocadura en la quebrada Doña María. Los escasos 1.200 o 1.300 habitantes en los que se estima la población para el año de fundación del caserío de Prado, estaban asentados en su mayoría en la zona de influencia de la quebrada La Manguala, dada su cercanía con la parte central y las primeras áreas de desarrollo urbano del corregimiento.

Los primeros pobladores del territorio del corregimiento se dedicaban a actividades económicas relacionadas con la agricultura en pequeña escala (para consumo doméstico y eventuales intercambios). También sobresalieron otras actividades económicas como “la pequeña artesanía, la arriería, la cría de ganado, la minería y los cultivos domésticos para el consumo local y para el intercambio en mercados cercanos a Itagüí, Medellín y Heliconia” (Correa, 1988, pág. 38). Si bien la minería no ha sido un renglón económico significativo en San Antonio de Prado, en zonas de influencia de la cuenca de La Manguala tales como Potrerito y en El Romeral, hubo denuncias de minas de “plata aurífera” y de oro de veta en los años de 1892 y 1985 respectivamente.

Los fundadores de San Antonio de Prado, los que oyeron las voces y los murmullos de La Manguala en aquellos lejanos años de la segunda mitad del siglo XIX, eran gentes humildes y trabajadoras, profundamente religiosos y hacían economía de subsistencia. En su gran mayoría, las gentes de entonces no le arrebatában a la naturaleza más de lo estrictamente necesario para vivir. Entre el hombre y el bosque había una relación armoniosa y de respeto, aunque el hacha del “progreso” ya había iniciado su arrasador paso destructor. Aún los ríos Pradeños, y la quebrada La Manguala como fuente principal de agua para los primeros pobladores, bajaba alegre por los peñascos y las laderas de nuestra escarpada geografía.

La Herencia que no debimos Recibir y la Lucha por la Sobrevivencia

“Lo que la gente de ciudad no comprende, es que las raíces de todos los seres vivos están entrelazadas. Cuando un árbol majestuoso es derribado, cae una estrella del cielo. Antes de cortar un árbol de caoba, uno debería pedirle permiso al guardián de la estrellas”. Chan Kin.

Mientras este sabio descendiente de los Mayas clamaba por la no tala de los árboles dentro de sus comunidades, ya la colonización antioqueña del siglo del siglo XVIII había hecho estremecer las estrellas del cielo de la vieja Antioquia. Ni las selvas, ni los ríos, ni los animales silvestres, ni el aire, pudieron hacer nada para detener el siniestro despojo de nuestros bosques. La destrucción avasalladora e insolente de las selvas, comprensible y hasta justificable para la fundación de pueblos y la agricultura, se volvió una práctica masificada en la lógica capitalista de acumular riquezas. Hasta los poetas hijos de las montañas antioqueñas fueron cómplices de la masacre a nuestros bosques.



Epifanio Mejía, bardo nacido en las frías cumbres de Yarumal al norte de Antioquia, así lo dejó expresado en una estrofa del actual Himno Antioqueño:

“El hacha que mis mayores me dejaron por herencia, la quiero porque a sus golpes, libres acentos resuena”.

De estas malas herencias se alimentaron nuestros bosques y las cuencas de los ríos durante gran parte del siglo XX.

Del nombre de la quebrada, de la fecha y la razón para ser bautizada de tal manera, no se sabe nada a ciencia cierta. En los archivos históricos más antiguos de San Antonio de Prado consultados aparece con su nombre: La Manguala. De la imaginación y la tradición popular se ha querido atribuir el origen del nombre a otras circunstancias en la vida de la quebrada: la compinchería y estrecha amistad entre las lavanderas de la ropa de los ricos del corregimiento en los tiempos en que no había acueductos. De la circunstancia de que se hubieran “Amangualado” unas humildes mujeres para defenderse de las hipocresías y desdenes de otras mujeres de estratos más altos, no nació la partida de bautismo de nuestra principal fuente de agua. Otras “mangualas” amorosas, étnicas y actitudinales de antiguos propietarios, quizás resulten más provechosamente vinculadas a la historia de la quebrada.

A la cuenca de La Manguala llegaron muchos hombres con las herencias que nunca debieron recibir: el hacha de sus mayores. Impulsados por el inescrupuloso monstruo de la ambición le cortaron de un solo tajo parte del alma y del corazón a la quebrada, entre las décadas finales de 1800 y 1970 aproximadamente. Gran parte del bosque nativo desapareció para aprovechar los terrenos en actividades ganaderas, producción de carbón, consumo como leña o en labores de construcción.

“Desde comienzos de 1900 o finales de 1800, en Prado existió mucha extracción de maderas y bosque nativo para producción de carbón, utilización como leña y para construcción. Presencia también muy fuerte de la ganadería. Hasta 1960 o 1970 había mucho café (cultivo tradicional), rico en arboles de sombrío. En la década de 1960 o 1970 apareció la empresa Cipreses de Colombia y Forestales Doña María y sustituyó la ganadería” (Carlos Mario Uribe García, habitante de la vereda Potrerito, 2016)

El señor José Ignacio Bustamante Mejía, reconocido líder comunal de El Vergel en San Antonio de Prado, escribió en un texto sobre la quebrada La Manguala promovido por el Instituto Mi Rio en el año de 1996:

“Las fincas de la parte alta donde nace y comienza su trayecto, han ido pasando a personas más interesadas en el progreso, sin entrar a analizar las consecuencias resultantes a causa del mismo, empezaron por abrir caminos y para ello era necesario destruir gran parte de la vegetación y luego proceder a escoger los árboles que podían utilizar para sus fines y entonces entraban en acción, y talaban, quemaban sin preocuparse de reforestar, iban limpiando el terreno; dejándolo apto, una parte para cultivos y el resto para potreros, sin tener ningún cuidado al respecto; llegaban en su limpieza hasta las mismas orillas del manantial, dejándolo expuesto a los rayos del sol en total abandono, sin ninguna protección” (Ignacio Bustamante, habitante de El Vergel, 2016).

Aunque la tala de bosques infringió grandes heridas a la cuenca, y por ende, a la quebrada, no silenció su canto ni acalló sus voces, gracias a que el corazón de la cuenca recibió el apoyo de los que no recibieron hachas por herencia.

- Mi abuelo cuidó mucho el bosque nativo y no dejaba extraer sino los árboles viejos o que estaban muriendo. “Estos montes nunca los vaya a tumbar. De estos se produce el agua de la que vive toda esta gente de aquí para abajo”, decía mi abuelo refiriéndose a la parte más densamente poblada de San Antonio de Prado. Esta conciencia ambiental, sumada a la de otros habitantes de la zona, permite que sea una de las reservas ecológicas mejor cuidadas de San Antonio de Prado. Por ello, La Manguala es la primera proveedora de agua para el corregimiento- (Carlos Mario Uribe García, habitante de la vereda Potrerito, 2016)

Pablo Emilio Uribe, por discrepancias y decepciones con su familia, se desplazó a San Antonio de Prado y compró las tierras en donde hoy nace la quebrada La Manguala, en la parte alta de Potrerito. Eran más de 100 hectáreas por aquel entonces. Por la sangre de Pablo Emilio Uribe, el abuelo de nuestro ambientalista Pradeño, quizás corría la sabia de los ríos sagrados de los indígenas de América.

No en vano se enamoró y se casó con una indígena. Tal vez la quebrada La Manguala haya sobrevivido por la protección de esta familia en la parte alta.

Para mediados del siglo pasado (1940-1950), la economía de San Antonio de Prado continuaba siendo esencialmente agrícola y ganadera. Si bien la propiedad de la tierra había iniciado su fraccionamiento -aún lento- por las herencias familiares recibidas y algunas adquisiciones efectuadas por pequeños flujos de inmigrantes de los municipios del occidente antioqueño básicamente, subsistían todavía medianas y grandes fincas, no obstante que la mayoría de la población se encontraba dispersa en predios de pequeña extensión.



La tierra y el campo en general en ese entonces, no eran para el descanso y el recreo de las familias pudientes de la capital como sería unos años más tarde. Era para el arduo y penoso trabajo de arrancar el sustento para una numerosa prole, sin más distracciones que el susurro de sus ríos y el canto de sus pájaros. Tanto la margen izquierda de la cuenca de la quebrada La Manguala, como la derecha, que comprenden buena parte de los terrenos de las veredas Potrerito, la Florida, El Vergel, y las partes bajas del corregimiento, estaban dedicadas a la agricultura y a una ganadería más amigable con el medio ambiente que la de hoy.

-Se cultivaba plátano y café no más, en ese tiempo no se sembraba legumbres, eso no se vendía en ese tiempo y árboles maderables- (Bernardo Mejía, habitante de la vereda La Florida, 2016).

Por su parte, el señor Argemiro de Jesús Pérez Holguín, integrante de una de las tradicionales familias que han habitado la vereda Potrerito, indica que:

“En ese tiempo (años de 1950) vivíamos de la agricultura. En flores teníamos la extraña, la azucena, y en legumbres el repollo, la cebolla, lo mismo que se cultiva en la actualidad, además cilantro y cosas así. La mora se cultivaba mucho, y las flores también”.

Otra actividad económica asociada a la cuenca, y en forma directa a la quebrada La Manguala, la constituyó la extracción de materiales de construcción, especialmente en las partes medias y bajas de la cuenca.

“Tenía 8 años en adelante. En esa época nosotros transportábamos material de la Manguala, no de la Doña María sino la Manguala. En esa época la Manguala era limpia y bajaba material limpio y de ahí sacábamos material para vender. Esos muros que usted ve ahí, (en la vereda el Vergel) son de material traído por nosotros. También sacaban materiales el Mono, el de la Manguala que se llamaba Juan. Mi papá se asoció con “Monocucho”, mi papá tenía 4 bestias y “Monocucho” otras 4, yo andaba detrás de mi papá enseñándome y mostrándome a qué casa tenía que llevar los materiales”, relató el señor Humberto Salazar, nacido y residente por siempre en el barrio El Vergel.

De igual manera, la extracción de material para la construcción se practicaba en otros trayectos de la cuenca de la quebrada, tal y como lo sostiene Guillermo Antonio Quiceno, líder comunal fuertemente vinculado a la vereda la Florida: **“Que recuerde yo, de pronto sacando materiales para llevarlo a las casas vecinas, como gravilla y arena y no recuerdo más. A mí me tocó sacar gravilla, siendo niño me tocó para ayudar a la casita que nos ayudaron a hacer la Federación de Cafeteros”.** Igual afirmación hace el señor Gonzalo de Jesús Giraldo, habitante también de la Florida: **“Nosotros sacábamos materiales de ahí, de la quebradita para arreglar las carreteritas, ésta y la de debajo de las canchas, gravilla, cascajo y en la portada había una cantera, al ladito de la escuela donde sacaban también material”.**

Llegaron los "Pechiblanco", los Grandes Animales Emigraron

Durante la primera mitad del siglo pasado el crecimiento de la población del corregimiento fue muy lento. Para 1940 éramos un poco más de 4.000 habitantes. Éramos una tierra en donde *"nacían muchos, pero se criaban pocos"*, tal como reza el popular refrán. Las pésimas condiciones sanitarias y la falta de atención médica ocasionaban una gran mortalidad infantil años atrás. El escaso crecimiento, aunque continuo, era básicamente de carácter endógeno, no obstante que también se originó por flujos de inmigrantes que se establecieron principalmente en zonas como el barrio El Vergel, territorio de influencia de la quebrada La Manguala. En 70 años la población se había cuadruplicado y había crecido la presión sobre el uso de la tierra en aras del crecimiento económico. Las principales víctimas de este crecimiento habrían de ser los bosques en la parte alta de la cuenca. Los grandes felinos y mamíferos reseñados en la zona en 1826, habían desaparecido o se refugiaron en la cada vez más pequeña reserva del El Romeral u otras tierras boscosas limítrofes.



La demanda por el agua iba en aumento con el aumento del número de pobladores, no obstante era aún abundante y suficiente para los pradeños. Con ingeniosos y rudimentarios métodos nuestros ancestros se surtieron del agua de la quebrada desde tiempos lejanos.

“Hace muchos años en los comienzos de la vereda cuando apenas se empezó a poblar, el agua que tomaban de los nacimientos, la transportaban a través de canoas que hacían con guascas de plátano o que hacían con guaduas. Y penca, hay unas pencas que forman las canoas, pero eso no dura mucho, nosotros teníamos que cambiar, y cocas de yarumo, nosotros teníamos que rajar, entonces esa si duraba, es que aquí no había agua, nosotros echábamos el agua ahí arriba en el nacimiento. Entonces el trabajo de traer agua era muy duro. Claro, y por la tierra corría, hacían zanjas (acequias)”, dice Bernardo Mejía, refiriéndose a los métodos para transportar el agua hasta sus hogares en la vereda La Florida. Agrega doña Clara Inés Quiceno, perteneciente a una de las familias más arraigadas de la misma vereda que:

“primero tomábamos el agua en cascadas de plátano, hacíamos canoitas de plátano o inclusive de caña brava o de guadua. Posteriormente se vinieron las mangueras como se conocen hoy”

La recordada maestra y líder social de San Antonio de Prado Celina Escobar Betancur, narró así en sus investigaciones monográficas al referirse a la forma en que los habitantes de la parte central del corregimiento se surtían de agua antes de que se construyeran los acueductos. **“Durante la permanencia del padre Gómez entre nosotros, en el año de 1940 se construyó el primer tanque del acueducto, obra de un costo de \$ 25.000 siendo alcalde de Medellín el Dr. Luis Mesa Villa. Antes la aguas venían de la finca de don Ángel Montoya en atanores hasta la antigua pila del parque; de ahí la cargaban a las casas. A otras habitaciones llegaba por acequia, a tanques ya previstos”** (Periódico El Reflector, 1983, pág. 4)

De la memoria y la curiosidad histórica de Julián Vélez, habitante del barrio El Vergel, podemos saber hoy que sobre las aguas cristalinas de la Manguala de antes flotaba el espíritu negociante de los pradeños, como cuando “Pacho Guamo” cambió un perro cazador que tenía por un arroyo de agua. **“Pacho Guamo fue quien cambió un arroyo de agua por un perro fino (cazador) a Toño Mejía, hijo de otro Toño Mejía, que eran los dueños de la mayor parte de la Florida donde están los tanques y la bocatoma del acueducto. El negocio fue así: le cambió ese perro a un curso de agua, sacando una vara de camino por toda la finca de Toño. Desde ese momento hicieron papeles con el tinterillo que se llamaba Jacobo Mesa. Pacho Guamo citó a todos los dueños de finca y les propuso darles agua con tal de que le dejaran pasar el agua por sus propiedades y a los vecinos más apartados les vendía una paja de agua que equivalía a una medida del grandor de una moneda de 10 centavos**

(una pulgada), y el tanque era un cajón de madera de comino, lo enterraban en la tierra, el agua que saliera por el hueco de pulgada era la paja que negociaban y la otra seguía corriendo hasta la Manguala. “Pacho Guamo hizo importante a las Cuchillas (nombre antiguo del Vergel) por el agua” (Vélez, pág. 2016)

El perro cazador de “Pacho Guamo” debió ser muy bueno, o el agua y la tierra tenían poco valor en ese entonces, en virtud de la ley de la oferta y la demanda en economía, que establece que cuando la oferta supera la demanda, los precios se disminuyen. Fuere cual hubiese sido la razón para tan insólito negocio, a “Pacho Guamo” (nombre con el que se conoce en homenaje suyo a un arroyo en el Vergel), no debió serle difícil desprenderse de su fiel amigo canino, máxime que como ya se ha dicho, no tenía muchos animales para perseguir en una zona cada vez más poblada por humanos y despoblada de bosques.

Un acontecimiento que señalaría el curso de la historia de muchos pradeños y cambiaría la vida de la cuenca de la quebrada La Manguala, ocurrió con la llegada a la vereda La Florida de los muy recordados “Pechiblanco”. No eran ningunos pájaros, pero pusieron a volar los sueños religiosos de los “Israelitas”, como se nos denominaba entonces. La llegada en 1939 de la comunidad religiosa de los Hermanos Cristianos Lasallistas cambió la fisonomía del paisaje y acercó la Vereda La Florida a la vida del corregimiento. **“Después de varios meses de búsqueda hallaron una propiedad adecuada en estas tierras: esta propiedad era una gran finca de cultivos de plátano, yuca, café y mangas, la propiedad era extensa...había muchos árboles y nacimientos de agua...llegamos al pueblo de San Antonio de Prado y caminamos hasta un morro, en el camino había pocas casas, la propiedad era hermosa, grande, llena de agua y cafetales”** (Grupo de investigación memoria histórica, Institución Educativa San José Obrero , 2013, pág. 13)

Celina Escobar en sus apuntes monográficos sobre San Antonio de Prado, resume parte de lo que desataría la presencia de los “Hermanos” en el corregimiento, puesto que vendrían después muchas historias de locuras, desenfrenos y aprendizajes. **“Construyeron allí una confortable edificación para dedicarla al noviciado y bachillerato, hicieron carretera y en una escuelita pública impartieron educación religiosa a muchos jóvenes pradeños. Más tarde el noviciado desapareció debido a la crisis vocacional, registrada en la época y quedó todo como abandonado, desapareciendo así el sitio predilecto de los parroquianos”** (Betancur, pág. 82) Las locuras y desenfrenos llegarían años después cuando el edificio se convirtió en una “Granja Taller para enfermos mentales (que no fueron ni granja, ni taller). Los aprendizajes continúan en los que hoy es la Institución Educativa San José Obrero.

La apertura de la carretera que atraviesa el barrio Palo Blanco hasta la Vereda La Florida, el consiguiente crecimiento urbanístico y la creciente demanda por servicios públicos, seguía ejerciendo presión sobre la cuenca hidrográfica que con la presencia de los venerables religiosos, necesitaba la protección y la intervención divina.



Los Embujos del Silencio y el Rugido de las Aguas

Los murmullos y las voces de la cuenca de la quebrada La Manguala nacen y provienen del “Silencio”. A veces son arrullos. Otras veces son feroces protestas. Los susurros del agua bajando entre las peñas y los árboles que inclinan reverentes sus ramajes, son los dulces cantos del agua en continuo romance con el bosque. Allí se queda entre el ramaje y la espesura, para alimentar el río cuando aparecen las tardes estivales. Pero otras veces, el susurro se vuelve rugido feroz y violento. Las corrientes se desbordan y arrasan todo lo que encuentran a su paso. Son las protestas del agua al no encontrar el bosque amigo en su camino. Se ponen furiosos y arremeten vengativos “Al amanecer crece el río, retumban en el alba los enormes troncos que vienen del páramo. Sobre el lomo de las pardas aguas bajan naranjas maduras, temeros con la boca bestialmente abierta, techos pajizos, loros que chillan sacudidos bruscamente por los remolinos. Me levanto y bajo hasta el puente. Recostado en la baranda de metal rojizo, miro pasar el desfile abigarrado. Espero un milagro que nunca viene...” (Mutis, 1945)

Para los pradeños pobres de la segunda mitad del siglo pasado, el milagro que no llegó para el escritor colombiano, si llegó muchas veces cuando había vendavales y aguaceros fuertes. La corriente de la quebrada La Manguala crecía, se enojaba y les traía carne, que de otra manera no podían adquirir. Así lo cuenta don Argemiro Pérez de la vereda potrerito, al referirse a las crecientes de la quebrada. Don Argemiro al igual que Mutis, también vio bajar por la quebrada muchas veces terneros y vacas con la boca bestialmente abierta.

“Cada que había una tempestad, subía Carlos del Valle que era el fontanero, la tempestad que fuera y a la hora que fuera, a darle vuelta a los bocatomas de los tanques. Llegaba y decía: vea hombre, en las bocatomas hay dos vaquitas que bajó la borrasca. Eso era casi tiro a tiro, vea pues un aguacero duro, las vacas... vea que los animales buscan meterse debajo de un árbol, como esa finca era tan pendiente, una loma, se deslizaban y abajo caían y terminaban en el tanque, entonces él ahí mismo llamaba a “Monocucho”, al que le vendíamos la leche, y le decía: Don Mono en el estanque hay dos vacas muertas que las bajo la borrasca anoche. ¡Como así hombre, me hacen el favor y les avisan a los Ortiz, que las descuarticen que yo aquí les pago! Descuartizaban, se las llevaban y se las repartía a los pobres en la heladería, más arribita del Danubio, las repartía, les pagaba a ellos y listo”.

Mientras la Manguala rugía y continuaba prodigando carne para los pobres del corregimiento, la rica tradición folclórica y la oralidad de los habitantes de la zona de influencia de la cuenca acompañaba la vida apacible y campechana de entonces. De la vereda Potrerito a la vereda la Florida, de ésta a la parte central, de ahí hasta el Vergel y luego hasta las partes bajas del corregimiento, muchos pradeños picarescos llenaron de folclor e ingenio el recorrido de la cuenca. Dos personajes que trasegaron por las tierras altas de Potrerito, y que tal vez no comieron la carne gratis de las vacas que arrastraba La Manguala, eran la elocuencia, la alegría, el silencio y el misterio. José Antonio Betancur conocido como “El Mono Betancur” y “Lipe”, llenaron de picardía y misterio el paisaje de las tierras en donde nace La Manguala. El primero, digno sucesor de “Cosiaca” y “Marañas” por sus ocurrencias y fino humor, provisto de agudo ingenio para repentizar y componer décimas y coplas, era infaltable en todo tipo de fiestas y reuniones.

El segundo, era parte del misterio y el embrujo del “Silencio”. ***“De pelo largo, pantalón y saco de dril, descalzo, callado y con un libro bajo el brazo en todo momento. Mirar y hablar a las mujeres era pecado, entonces hizo una choza en la parte alta de Potrerito, el mismo hacía de comer en tres piedras, tenía muchos libros viejos y mugrientos que leía de continuo subrayando párrafos enteros porque en su análisis eso no se podía conocer y era pecado, su sombrero gris grasiento y feo le cubría la cabeza y casi sus ojos para no ver a las mujeres que se encontraba”*** (Betancur, pág. 36) Así era “Lipe” el enigmático anacoreta de Potrerito. Otros personajes de la época en dicha vereda, menos místicos y más mundanos que el hurraño lector, se mataban por amores incestuosos. ***“Padre e hijo se enamoraron al mismo tiempo de su hija y hermana. En una fiesta que se efectuaba en su propia casa, el hijo mató a su padre por los celos que le produjo el hecho de que la hubiera sacada a bailar”*** (Betancur, pág. 23). Menos mal que a otros como a “Lipe”, le aterrizaron las mujeres, porque si no los muertos hubieran sido en cantidades alarmantes. Estas y muchas otras historias orales son parte del embrujo y el misterio que desde siempre ha rodeado la parte alta de la cuenca La Manguala, en donde las historias de visiones fantasmagóricas, desapariciones, duendes y toda suerte de fenómenos paranormales han alimentado la imaginación y la oralidad de los lugareños.

Los duendes y las brujas de “El Silencio” se las ingeniaron para proteger el bosque de los muchos pradeños que en diciembre iban a buscar musgo para los pesebres, o de los cazadores que subían al monte a perseguir los pocos animales que quedaban. No fue mucho lo que los brujos y los espantos pudieron hacer, (aparte de alimentar la imaginación de grandes y chicos), porque nuestra hermosa reserva estuvo a punto de sucumbir. De la tradición oral ha llegado a nuestros días la historia de un niño que se perdió en la Laguna “Silencio” varios días. Así lo recuerda Don Argemiro Pérez:

“Vea, la más cerquita a la Manguala fue cuando se perdió Josué en la laguna, esa es ya muy conocida la historia de Josué Betancur, 3 o 4 días que se perdió, que estuvo el pueblo buscándolo, ya iban a pasarlo por perdido, hasta que lo encontraron al pie de un árbol, había una serpiente cuidándolo, el que lo rescató que fue Joaquín Castaño le tiró un escapulario para poder que la serpiente se fuera, la serpiente se fue ahí mismo, porque era una serpiente muy grande, porque iba a cogerlo y la serpiente trataba de tirarles, se quitó un escapulario que llevaba y se lo tiró y la serpiente se fue y el muchachito 3 días y 3 noches al pie de un palo con un ponchito en la nuca, un sombrero y unas mazorcas de maíz ahí”.

Muchos relatos anteriores y posteriores dan cuenta de que en la mayoría de los casos las personas que se atrevían a subir al monte de El Silencio se perdían fácilmente, pues eran embolados por los espíritus del bosque. Brujas y duendes eran también guardianes de la cuenca en la parte alta. Pero, al parecer las brujas y otros espíritus se recorrían gran parte de la cuenca en sus tenebrosas expediciones nocturnas, bajando hasta La Florida y El Vergel. Doña Clara Inés Quiceno, sintió caer muchas brujas de un árbol que hay al frente de su casa, en la vereda La Florida:

“Yo recuerdo que mentaban mucho la llorona, de una madre que había botado dizque a un niño y que salía por toda la quebrada reclamando al hijo, llorando por el niño, del lado de debajo del Vergel hasta que subía arriba. Del Judío errante también hablaban mucho. Brujas también habían que aquí mismo se caían de un árbol, estábamos nosotras chiquitas y sonaban esas... (Risas). Todavía hay brujas, cuando yo tenía 8 años de ese árbol caían las brujas. Claro, las sentí caer”

En El Silencio también cayeron avionetas, las que contribuyeron a forjar las leyendas de la cuenca. **“Tres accidentes ha habido, 1964 donde hubieron 9 muertos, iban 12 pasajeros, iban para Urrao. Donde los Hurtados cayó otra avionetica, estaban haciendo prácticas de manejar avionetas, y esa se fue en picadita... La otra en el silencio, allí atrás de la montaña, esa venía de Urrao porque traía pescado, venía el dueño del pescado y el piloto”**, nos recuerda el don Argemiro Pérez, testigo directo de algunos de estos accidentes, dada la cercanía de su vivienda con el sitio de los acontecimientos. Aunque para algunos parezca extraño que las brujas se cayeran de los árboles no obstante su reconocida capacidad de pilotear escobas, para otros la caída de varias avionetas en la parte alta del Silencio obedecía a fuerzas más poderosas que la simple fuerza de gravedad. Según aseguraba hace algunos años uno de los “brujos urbanos” que tuvo el corregimiento, descendiente directo del propietario de una finca en la margen izquierda del nacimiento de la quebrada (en donde cayó una de las avionetas), en ese monte había una fuerza de atracción magnética más poderosa que la del triángulo de la Bermudas en Centroamérica. **“El centro magnético más poderoso del mundo está en El Silencio”**, sostenía, mientras en sus interminables conversaciones ahondaba en sus concepciones sobrenaturales y esotéricas de todo cuanto se le ocurría.

En El Silencio también se tejieron leyendas como la del Dorado en Guatavita, en tierras de Cundinamarca, en la época de la conquista. Nuestras gentes creyeron por muchos años que en la laguna ubicada en la parte alta de El Romeral, se escondían tesoros que habían ocultado los indígenas, a través de una serie de túneles que habían

cavado bajo la superficie. Algunos llegaron a afirmar que la laguna misteriosa, que se creía no tenía fondo, era custodiada por los duendes para preservar las grandes cantidades de oro que albergaba. Hace un poco más de veinte años la laguna se secó. Y vinieron toda suerte de especulaciones catastróficas, misteriosas y folclóricas. Que seguro alguien se había sacado en entierro de los indios y por eso se había secado la laguna, alcanzaron a decir algunos...

“La laguna tenía lotos en la superficie y ganado al lado. Algunos decían que se estaba secando por cuanto intentaron sacar los tesoros que supuestamente contenía, y se suponía que la estaban drenando para tal efecto. En la laguna del Silencio también se hablaba de la existencia de gallinas con huevos de oro. Una vez observé, el día en que la familia se alarmó por la secada de la laguna, como se producía una burbuja en la superficie como cuando un tanque se está vaciando. Alguien pensó (su abuelo) que se estaban robando el agua, pero no había mangueras ni indicios de tal hecho”.



Según Carlos Mario, esto se debió a las fisuras en la tierra producidas por el terremoto que en 1990 sacudió la Ciudad de Armenia. Por las grietas producidas de filtró el agua y desapareció la laguna. Entre algunos subsiste la idea de que dicha agua se represó y algún día estallará como una bomba, **“lo que no es cierto, por cuanto el agua se regó montaña abajo”**, agrega el entrevistado.



Chapuciendo

Recuerdos y Pescando

Nostalgias

“El río más bello del mundo es el primer río, donde nos bañamos desnudos. Y los demás son los otros ríos, así como las otras mujeres y los otros amigos” Jaime Jaramillo Escobar.

En los charcos y remansos de la corriente de la quebrada La Manguala, buena parte de los pradeños de antes desnudaron sus infancias y sintieron las caricias de las aguas en su cuerpo, mientras esperaban con ansiedad la vibración de los anzuelos que sacarían los escurridizos “corronchos” de la quebrada. Las alegres tropas de muchachos de entonces remontaban la corriente en busca de hojas y troncos para construir los charcos. Familias enteras organizaban paseos de olla para disfrutar del baño, en las limpias aguas de la Manguala o en “la Fuente de Cristal” como la denominara don Ignacio Bustamante.



El señor Jorge Bedoya, uno de los líderes más emblemáticos de la Vereda La Florida, evoca así los momentos de mayor esplendor de la quebrada:

“Cuando éramos niños íbamos a bañarnos, nos llevaba mi madrastra allá, casi por lo regular nos encontrábamos 3 familias en esos charcos. Era potente, le digo que en ese tiempo la quebrada con cualquier lluvia la sentía uno que pitaba, una hermosura de quebrada, era tan fuerte y potente el agua que había que esperar que pasara la corriente”.

Por su parte, Elkin Echeverry, actual presidente (y por varios períodos consecutivos) de la Junta de acción Comunal del mismo sector, también recuerda su niñez en la quebrada:

“...ese era el modo de uno entretenerse, al lado de una fauna, al lado de una quebrada, gozando, nosotros gozábamos bañándonos en la quebrada, con un agua muy potable”.

Pero el inenarrable deleite de bañarse en la quebrada La Manguala de entonces, no era solamente para los habitantes de La Florida. Los muchachos y adultos de la parte central de corregimiento y del barrio El Vergel, también hicieron sus pilatunas y sus piruetas acuáticas. Así lo recuerda, Hugo Bustillo Naranjo, un escritor pradeño residenciado hace muchos años en Canadá:

“Antes de las tres de la tarde, nos reuníamos, Ovidio Roña, Chepe Montoya, Quico Puerta, Eduardo Parrapa y el susodicho, para irnos de chapuzón a la quebrada la Manguala. Bajábamos por la cancha palmoteando las tranquilas yeguas de Hijo, que esperaban enjalmadas sus cargas de carbón, buscando la entrada a las Cuchillas. En el puentecito nos descalzábamos, vadeando la corrientosa, para llegar a Charco Azul. A este le habían cavado su lecho (sacándole a galonados toda la arena disponible) y levantado sus orillas (atesorando y amurallando sus bases con piedra sobre piedra) Gonzalo y León Darío Mesa, Miguel Díez, Ignacio Acosta y Hernando Ortiz mayores que nosotros y casi-dueños de este inigualable remanso. Se encontraba ubicado en tierras de Juan y Ramón Castaño cerca de donde pastaban sus terneros. Era el oasis de los más grandes, adolescentes y mozalbetes; hondo, frío y cristalino; donde nos reposábamos y probábamos nuestras primeras piruetas acuáticas. Mucha agua “tragamos” hasta que aprendimos a defendernos

chapeando y claro “imitando” El Hombre Mono. Desde la piedra mayor, que cautiva y soberana embellecía el riachuelo, apostábamos al mejor clavado, al más rápido en cruzarlo, así como el que durara más tiempo debajo del agua aguantando su respiración. El premio era un reconocimiento de aplausos hasta que le llegara un sucesor. Allí empezamos a encender nuestros primeros cigarrillos, a escondidas de nuestros padres, con la complicidad de la brisa que se colaba intensa por las todas las riberas. Tiritábamos de frío, desparramados como lagartos sobre las otras piedras, bajo el único amparo, frente al sol, de nuestros mojados pantaloncillos blancos” (literario, 2014, pág. 87).

No obstante que parte de la cobertura vegetal en las riberas de la quebrada había sido destruida durante la primera mitad del siglo XX, y por consiguiente la corriente empezaba a disminuir notoriamente en tiempos de verano, el caudal de la quebrada era muy abundante y torrentoso, especialmente en las épocas de invierno. Si bien había para entonces un aumento en la demanda por el agua, en razón del crecimiento de la población y la fragmentación de la propiedad rural en el corregimiento, ésta no era muy significativa. El agua bajaba a raudales, limpia, cristalina y generosa.

“Las familias iban a la quebrada a hacer el almuerzo y hacer charquitos, cogíamos las piedras y las acomodábamos, cogíamos rastrojo y hacia un charco de dos metros de hondo o tres metros, aquí en el pomar había un charco de tres metros de profundo, le poníamos palos, era una costumbre muy buena que se acabó”.

Así nos recuerda don Humberto Salazar quien durante muchos años extrajo material de construcción en la parte baja de la cuenca. La vida en el lecho de la quebrada, como el agua, fluía sin contratiempos.

En la Manguala había pesca. Sartales de Corronchos, Briolas y Capitanes anunciaban el regreso feliz de muchos pradeños en sus excursiones a la quebrada.

“Nos íbamos a pescar, a sacar Corronchos o Capitanes que era lo que más producían, pero no porque nos haya llamado la atención la pesca, sino que como por lo limpiecita y lo pura que era el agua, veía uno en esos charcos un Corroncho, un pescadito y dele y dele. ¿Se alcanzaba a ver por encima? -Sí, es que el agua era muy pura, muy pura”, rememora Don Argemiro Pérez, en su niñez en la vereda Potrerito.

Mario Rico Hurtado, coordinador de la Mesa Ambiental de San Antonio de Prado, también rememora sus primeros años de vivencias con la Manguala:

“Era una quebrada muy agresiva, era una época donde había mucha lluvia, era una zona más bien poco seca, eran tiempos pocos secos, recuerdo de mi tierna niñez. Empezamos a contemplar una quebrada que a mí me enseña que es rica en aguas con mucho pozuelo tanto para la pesca del Corroncho y el Capitán, como pozuelos para lavar la ropa que es una memoria acá en Prado, es una memoria para realizar en este sector alto de la quebrada la Manguala”.

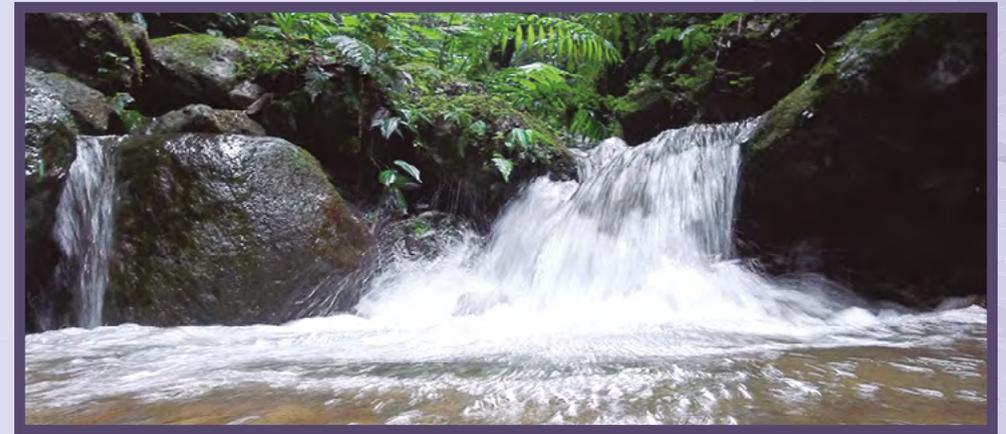
“Lucho”, quizás el pescador más recordado en el barrio El Vergel, no abandonó nunca el ritual de alistar su anzuelo, su poncho y su mochila, cada vez que alguna nube oscura presagiaba un aguacero. Diligentemente buscaba lombrices en las entrañas de la tierra y esperaba ansioso que amainara la lluvia. Así iniciaba sus incontables y puntuales recorridos por la cuenca, en donde fluía a borbotones su gusto por la pesca. Mientras “Lucho” le robaba alegrías a la quebrada, el ladrón más famoso de la cuenca de la Manguala, al igual que ésta cuando proporcionaba carne de vaca muerta, prodigaba comida a los más pobres con sus fechorías. Valentín Cuartas se adueñaba de cualquier cosa con una facilidad digna de los más renombrados “cacos”.

“Cualquier cosa se robaba y lo bueno es que lo que robaba lo vendía en la mayoría y venía y traía comida a los pobres, él le robaba a los ricos y le daba a los pobres, repartía lo que se robaba -aquí le tengo para que comamos este almuercito- decía, del fruto de los robos”, relata Julián Vélez, un profundo conocedor y enamorado de la historia de su barrio El Vergel.

Pero el Robin Hood pradeño quizás vez más famoso por los poderes que se le atribuían, que por su gusto por lo ajeno, en tanto que se convertía fácilmente en un racimo de bananos al verse acosado por la policía. El mismo Julián Vélez sostiene haber sido testigo presencial de los poderes mágicos de Valentín: **“estaba pescando por la tarde cuando llegaron dos policías, uno se quedó arriba y el otro se dirigió a la casa. Cuando Valentín vio a los policías se entró para la cocina y cerró la puerta. Yo era muerto de miedo porque al ver la policía uno se estremecía, no tanto por Valentín. Llegó la policía y uno de ellos le dijo al otro que se había entrado para la**

cocina, entonces abrió la puerta y no encontró a nadie. El que entró salió comiendo bananos. Apenas salieron los policías, Valentín salió de la cocina con la ruana rota diciendo -estos hijueputas me dañaron la ruana-”. Sin embargo, los poderes de este personaje no serían suficientes para detener la bala que cegaría su vida en una finca cerca a la quebrada, el día que pretendía robarse unos marranos.

Pocos años después de que Valentín se fuera a hacer sus picardías al más allá, “Lucho” continuaba pescando, aunque cada vez era más difícil y largo el recorrido que debía hacer por la cuenca en busca de su pesca. Los primeros signos de una catastrófica invasión urbanística que acabaría con la mayor parte de las zonas verdes en el corregimiento, se presentaron. La Manguala enfermó, disminuyó su caudal y no volvió a bajar pescados. En las riveras de la cuenca se empezaron a levantar viviendas mal construidas y cientos de mangueras y conductos diversos se tragaron el agua, no solo para las improvisadas viviendas, sino para muchos dueños de fincas que se apoderaban ilegalmente del agua. Esta situación, lejos de mejorar, empeoró cada vez más a medida que se acercaban los fatídicos años 80 s con un crecimiento urbanístico y poblacional desbordado. Más tarde, la cuenca cobraría su venganza por los atropellos del progreso.



Pero, no solo disminuyó su caudal la quebrada, sino que las pocas aguas que alcanzaba a fluir bajaban contaminadas. Las malas prácticas ambientales, sumadas a los sistemas de explotación agrícola y pecuaria no amigable con el medio ambiente, y agravadas por el inadecuado tratamiento de los residuos sólidos que muchas veces terminaron en el cauce, más el vertimiento de aguas negras a la vertiente, pusieron en cuidados intensivos la Manguala. “Lucho” y los demás pescadores empezaron a sacar en sus anzuelos más latas y plásticos que Corronchos y Capitanes. La vida en la quebrada se diluía, mientras más agua necesitábamos. Años más tarde, cuando la quebrada ya bajaba moribunda por las tierras del Vergel, “Lucho” se iría a pescar estrellas en las profundidades siderales. Pero antes de irse, pidió esparcir sus cenizas a un río, como queriendo retribuir la vida que brotaba de las aguas.

Resistiéndose a Morir ante la Avalancha Urbanística

El corregimiento de San Antonio de Prado empezó a tener un importante crecimiento poblacional desde mediados del siglo pasado hasta hoy. A partir de la década de 1980, la curva de crecimiento demográfico se elevó considerablemente, hasta los niveles alarmantes que padecemos hoy. En 1950 éramos escasamente 5.000 habitantes. En los 30 años siguientes la población se cuadruplicó, hasta alcanzar la cifra de 21.000 pobladores en 1986. Veinte años después, en 2005, éramos 80.000. Hoy no sabemos cuántos somos, pues nadie cree en las estadísticas oficiales que proyectan un poco más de 120.000 pradeños. Muy pronto no tendremos quien nos cuente, porque una avalancha humana se nos vino encima por la expansión urbanística. En los últimos 50 años hemos crecido veinte o veinticinco veces en población, mientras la oferta de servicios ambientales básicos para garantizar la vida ha disminuido. Y seremos muchos más, si nuestros líderes y gobernantes no hacen cumplir las normas de ordenamiento territorial, y detienen la presión sobre la geografía del territorio.

Podría suceder que el crecimiento urbanístico y poblacional sea frenado por la acción de las autoridades y las normas legales, o porque la población que está llegando y la que está próxima a llegar emigre o muera de sed por falta de agua. Los culpables de todos estos terribles males acumulados somos todos. Poseídos por los demonios del lucro y la riqueza, aniquilamos los campos y los bosques, contaminamos las aguas, enrarecimos el aire con el humo de las fábricas y vehículos, llenamos la tierra de desechos y basuras, perseguimos vilmente la fauna y arrasamos la flora. Nos convertimos en asesinos de nosotros mismos. Esa es otra triste herencia que nos dejó el siglo XX. Y lo que es peor: seguimos ignorando los clamores de los ríos y la tierra, que a veces nos hace advertencias y cobra sus venganzas.

Mientras la población crecía en las zonas de influencia de la quebrada la Manguala durante los últimos 50 o 60 años, los animales medianos y pequeños que resistieron los golpes del hacha y la pérdida del bosque nativo en el siglo pasado, también empezaron a marcharse o a desaparecer. Con sus numerosas jaurías de perros hambrientos y con los cañones humeantes de viejas escopetas, una poca célebre estirpe de cazadores pradeños acababan con la vida de la cuenca.

“Había mucho cazador, mantenían esto sin animales, veían una Guacharaca y de una la mataban pa’ comérsela, a una Pava le tiraban para comérsela, un Gurre, un Cusumbo, hay mismo le largaban los perros, un Conejo también”, anota don Argemiro Pérez, refiriéndose a la presencia de cazadores en la cuenca alta de la quebrada. Don Bernardo Mejía, de la vereda La Florida, también lo corrobora: **“Yo fui también cazador, nosotros amanecíamos en la laguna o por allá en el silencio o en la hoya, 2, 3 días cazando. Cazábamos Conejos y Gurre, Guagua”.** Para infortunio de los animales de la época, la afición por la caza era muy generalizada entre los campesinos pradeños. Se les veía siempre en grupos de 4 o 5 personas adentrarse en los bosques para saciar sus ansias depredadoras.

Pero los animales medianos y pequeños no emigraron o desaparecieron sólo por la despiadada persecución de perros y cazadores. Se fueron simplemente porque el hábitat en el que vivían era continuamente destruido. Los árboles nativos, vitales para la conservación del agua y para la vida de la fauna en los bosques, estaban desapareciendo. Aunque que para los años de 1820-1830 ya empezaban a escasear ciertos árboles que alguna vez fueron abundantes en las tierras de El Romeral (Comino y Laurel de varias clases, Cedro, Caobo, Barcino, etc.), aún se podían observar algunos de ellos. Como ya se indicó más atrás en este texto, la extracción indiscriminada de maderas para la construcción y el espíritu devastador del siglo XIX y parte del siglo XX, acabarían con los bosques maderables en San Antonio de Prado y en los territorios vecinos. Aun así, nuestros mayores recuerdan muchas especies nativas que cubrían la cuenca de la quebrada La Manguala, que eran justamente las que contribuían a conservar el agua de la quebrada.

Elkin Echeverry, líder comunal de la vereda la Florida, expresa: **“En ese tiempo existía**

mucho el Guayacán, también había mucho lo que era el pino Pátula y Ciprés, el Eucalipto”. En este caso el señor Echeverry hace referencia a la existencia de pinos, el eucalipto y el guayacán. Como veremos un poco más adelante, la proliferación de pinos en San Antonio de Prado obedeció a otro fenómeno de carácter económico y empresarial. De otra parte, el señor Argemiro Pérez nos recuerda que en la vereda Potrerito **“Arboles había mucho Arrayan, mucho Laurel, Yarumo ha abundado mucho, bueno así sucesivamente mucha clase de madera, y en plantas mucha Orquídea, mucha enredaderita, Anturios por ahí colgados de los palos.”** Por su parte, Don Humberto Salazar, señala que en las partes baja de la cuenca, también había muchas especies nativas: **“Guamos, Chumbimbos, Café, Naranjos, Guayacán, Quebrabarrigos, Siete cueros, Guadua...”.** Don Ignacio Bustamante en su texto sobre la quebrada, señala igualmente que:

“La flora también era abundante. Existían varias especies de árboles y arbustos de tierra fría como el Lance, el Laurel, el pino Ciprés y otras plantas diferentes que crecían en forma libre y abundante sin ningún problema porque no había preocupación por talar árboles ni por rozar las plantas altas. Solamente se utilizaban para leña los árboles secos o caídos y no se hacía ningún daño a la naturaleza, existían otros árboles como Guayabos, Higos silvestres, Uvitos que produce la uva silvestre, etc.”

Algunos años antes de que se acelerara la expansión urbanística en nuestro territorio, la naturaleza había recordado que hay límites que no deben sobrepasarse en el afán de búsqueda del bienestar humano, o en la necesidad de saciar la voracidad lucrativa de la riqueza. Durante un poco más de un siglo de existencia del corregimiento, los atropellos a la cuenca de la quebrada la Manguala, y en general a todas las cuencas de este territorio, había sido reiterada y permanente. La deforestación de sus riveras, así como la invasión de los retiros que deben respetarse a ambas márgenes de las quebradas, empezaron a configurar un paisaje diferente, y al florecimiento de asentamientos humanos en zonas de alto riesgo de deslizamientos. Las malas prácticas ambientales condujeron a la inestabilidad de los suelos, máxime en zonas de alta pendiente como son la mayoría de los terrenos en nuestro medio. Durante muchos años anteriores al fatídico 1973 cuando ocurrió la gran tragedia en la entrada al Vergel, la Manguala había elevados sus voces de advertencia con sus continuas avalanchas. Muy pocos para la época eran plenamente conscientes de que había que cuidar las coberturas vegetales en zonas de alta pendiente, así como no irrespetar el libre curso de ríos y quebradas. Las voces de advertencia fueron ignoradas y la naturaleza cobró su venganza de manera cruel en unas humildes familias que habían levantado sus viviendas a la orilla de la quebrada, frente a un cerro en la margen izquierda de la

carretera de entrada al barrio El Vergel. En una excelente crónica escrita por Antonio Rodríguez Marengo, publicada en el periódico local "Ciudad Rural" con motivo de los 100 años de San Antonio de Prado como corregimiento, se da cuenta de lo ocurrido.

"Quienes recuerdan lo ocurrido, como Jaime Restrepo e Ignacio Bustamante, relatan que la noche del 23 junio no paró de llover. El temor fue siempre que la quebrada se creciera y arrasara con las casas ubicadas en las laderas del sector que hoy se conoce como el Chispero. Nunca nadie contempló la posibilidad de un deslizamiento. Cuando el sol aun dormía, los obreros que laboraban en la empresa textilera Coltejer y algunos otros que trabajaban en una empresa de curtimbres caminaban por el sector para llegar hasta el parque principal y tomar el transporte hacia sus sitios de trabajo, fueron ellos los que vieron caer las primeras piedras y algo de barro desde la cima de la montaña, sin pensar en lo que iba a ocurrir minutos después. Ignacio Bustamante, oficiaba para la época como tesorero de la Junta de Acción Comunal del barrio El Vergel,... recibió la noticia y de inmediato fue hasta el lugar, al llegar la sensación era extraña, parado al frente del deslizamiento era como si nunca hubieran estado las casas construidas ahí. "La montaña se vino toda, de una, eso no se veía nada. Lo ocurrido era grave y lo peor era que no se tenía certeza de cuantas personas podrían estar bajo los miles de metros de tierra. Las labores de rescate se prolongaron hasta el 29 de junio, solo cuatro días después se pudo dar por finalizada la búsqueda. El resultado era aterrador, 13 personas muertas, entre ellas 6 niños." (Periódico Ciudad Rural, 2010, pág. 2)

Nuestra sordera, agravada con nuestra ceguera, ha continuado, aun después de la tragedia. Muchas otras vidas se han segado en diferentes zonas del corregimiento y seguimos ignorando los clamores de la naturaleza. Algunas otras voces humanas se han pronunciado al respecto. En otro relato denominado "Memoria de mi vereda: El Vergel", promovido por el Parque Biblioteca José Horacio Betancur, se indica: **"Luego de 43 años, las nuevas familias que habitan ese lugar, parecen desconocer o haber**

olvidado la historia trágica que ocurrió aquella madrugada del 25 de junio de 1973. Un derrumbe que cobró 13 vidas y truncó sueños. Hoy, algunas familias han construido sus casas sobre cimientos de dolor y muerte, sin imaginar que una historia similar pueda repetirse." (Parque Biblioteca José Horacio Betancur, 2016). Adicionalmente, 30 años atrás, cuando ya habían transcurrido 14 años del deslizamiento, el periódico El Reflector en su edición número 40, hizo la misma advertencia: **"Podría repetirse la tragedia. Poco tiempo después de aquel aciago 23 de junio nadie volvió a acordarse del cerro y sus peligros. Expertos en este tipo de eventualidades adscritos a Ingeominas declararon la zona como de alto riesgo. No obstante se han venido levantando nuevas construcciones en un terreno obviamente no apto"**. Para fortuna de los nuevos habitantes del sector del "Chispero" en el Vergel, el cerro no se ha movido. Los que no contaron con suerte fueron las decenas de víctimas que los deslizamientos en otras zonas del corregimiento han sido sepultados bajo toneladas de tierra.



Otras voces en la actualidad, como la del líder comunal de la vereda La Florida Elkin Echeverry, siguen advirtiendo esta serie de malas prácticas ciudadanas: **"No ha habido control, empezando por la Administración Municipal que debería estar controlando toda la parte de vivienda, tenemos mucha vivienda al borde la Manguala, donde no ha habido un control en el corregimiento y Dios quiera que no tengamos un problema de que viviendas se vayan al río. Aquí en María Auxiliadora tenemos mucha vivienda al pie de la quebrada, al lado del Chispero tenemos muchas viviendas al lado de la quebrada que no respetan los retiros, pero puede ser también por su necesidad que se tienen meter ahí, pero si no tenemos un personal que este controlando el espacio para que se estén controlando los retiros... pero lo está haciendo la gente porque ven los terrenos limpios y el estado no llega a reforestar entonces ellos los toman, con seguridad que si ellos ven que se está haciendo un programa de reforestación la gente no invierte en una vivienda al pie de la quebrada, lo que pasa es que no ha habido presencia por parte de las autoridades ambientales acá en el Corregimiento"**

Debemos repetir muchas veces como al principio de este texto: Tal vez sea necesario volver a escuchar la voz de los mayores y entender la memoria de los ríos.



Pie de Foto: Grupo de Guardabosques Profesionales y Voluntarios, guardianes de El Romeral

Movimientos Sociales

Tras el agua

“Agua te lo suplico. Por este soñoliento enlace de numéricas palabras que te digo, acuérdate de Borges, tu nadador, tu amigo. No faltes a mis labios en el postrer momento.” (Borges).

El genial escritor argentino no murió de sed. Dios quiera que nosotros lo pradeños tampoco. Cuando Borges se fue a nadar a sus mares interiores del más allá, los 20.000 habitantes que éramos para entonces ya suplicábamos el agua que no supimos defender y conservar durante muchos años. Y lo peor faltaba por llegar: aún no se había comenzado la construcción de las grandes urbanizaciones que hoy saturan la parte urbana del corregimiento.

En un titular de primera página del periódico El Reflector, edición No. 2 de octubre de 1982, la comunidad reclamaba la falta del precioso líquido debido a los racionamientos a que estaba sometida, aún en época de lluvia.



Las respuestas y explicaciones técnicas de funcionarios y autoridades vinculadas a Empresas Públicas de Medellín hablaban de dificultades para solucionar inconvenientes en las redes de acueducto. Pero en realidad, lo que era evidente era la falta de agua para suplir una demanda en constante crecimiento. Al fragor de refrescantes ideas políticas vanguardistas, muchos jóvenes y adultos progresistas de la época, habían iniciado la lucha social por el agua, a través de movilizaciones ciudadanas de importante resonancia en aquellos tiempos. Las ideas que alentaban esas luchas eran más de carácter político e ideológico que medioambientales. Se caracterizaban más por ser exigencias ante Empresas Públicas y el Municipio de Medellín, y no ante las autoridades ambientales para atacar el fondo del problema. Aún era muy débil, o casi inexistente, la conciencia y el conocimiento ambiental en nuestro medio, aunque entre los campesinos tradicionales existía un conocimiento empírico que no poseían los inmigrantes y los nuevos pobladores de Prado. Durante los años siguientes y de diversas formas, la comunidad del corregimiento a través de diferentes líderes ha protestado y exigido soluciones a la falta de este precioso líquido. Pero quizás no se ha profundizado en las causas reales del problema y no se han abordado, por tanto, soluciones de fondo.



Aunque para muchos de los habitantes del corregimiento el problema de la escasez de agua se originó por la presencia de la década de 1960 y 1970 de empresas como Cipreses de Colombia y Forestales Doña María, para otros, esa no fue la causa de la escasez. Por el contrario, la siembra del pino ayudó a mitigar un poco la destrucción del bosque nativo, en tanto que sustituyeron la ganadería. **“La presencia de Cipreses de Colombia con la siembra de pinos no explica razonablemente la disminución del agua de la cuenca, por cuanto lo que intentó justamente fue recuperar la cobertura vegetal (no obstante que no es tan conservacionista como los árboles nativos)”**. Así lo sostiene Carlos Mario Uribe, desde su perspectiva de experto ambientalista.

La escasez de agua en el corregimiento ha llegado a niveles muy preocupantes. La oferta actual es infinitamente inferior a la gran demanda que generarán los proyectos urbanísticos proyectados, aunque el nuevo Plan de Ordenamiento Territorial haya

restringido la cantidad de éstos. Algunos de nuestros líderes comunales tienen bien claro el diagnóstico y la solución futura de estos problemas, por lo menos desde el punto de vista de la acción de las autoridades ambientales. Elkin Echeverry, así lo expresa:

“Había más sentido de pertenencia en ese entonces que hoy, desafortunadamente hoy no hay sentido de pertenencia por cuidar estos nacimientos de agua y tampoco hemos tenido ese control por parte de las autoridades ambientales, porque desafortunadamente las autoridades ambientales, en vez de ser ambientales y aplicar la ley como es, se volvieron muy politiqueras y prácticamente en vez de estar en la zona haciendo las visitas, no están, no salen de las oficinas; vienen, visitan, recogen las inquietudes pero se queda solamente en el papel y no vuelven a hacer nada y no tiene ese sentido de pertenencia de darle solución, porque créame que lo que es Corantioquia y la Secretaria de Medio Ambiente tienen mucha plata para invertir en reforestación, pero esos dineros no se saben hacia donde se van, o se dan miles y miles de capacitaciones. Yo he dicho hace mucho años que la violencia no va a ser ni por drogas, ni por armas, aquí la violencia dentro de muy poco va hacer por el agua, si nosotros no cuidamos los nacimientos de agua, no reforestamos, nosotros mismos nos vamos a matar por el precioso líquido. Lo vemos aquí en la Florida, los mismos finqueros encontramos los choques entre la Acción Comunal y los terratenientes que apenas están llegando al sector y quieren adueñarse del agua. Dentro de esa agua encontrábamos los renacuajos que llamábamos y se mantenían en esa laguna, eso era hermoso, se veían humedales hermosísimos. Ya no lo hay”.

Aunque parezca una frase muy manida, habrá que repetir en tono de advertencia que las guerras del futuro serán las guerras por el agua. Habrá que repetir hasta la saciedad que las sociedades del futuro no serán viables sino cuidan sus reservas naturales. El mismo modelo capitalista de economía colapsará si los procesos de explotación de los recursos naturales no se vuelven sustentables. Sin una concepción política responsable sobre el cuidado del medio ambiente y la participación de los gobiernos nacionales y transnacionales, así como el compromiso permanente de la comunidad, de nada valdrá el canto de los poetas a las estrellas y a los ríos.

El Romeral:

Montañas

de Esperanza

El futuro de las cuencas hidrográficas en nuestro corregimiento, en especial de la Manguala (que es la que en particular nos ocupa este texto), para expresarlo en términos del lenguaje popular: es ya. La urgencia de encontrar soluciones de fondo y de largo plazo es una tarea en la que nos debemos enfocar todos: gobernantes, líderes sociales, ambientalistas y comunidad en general. Dilatar la solución es un acto de irresponsabilidad suprema con las generaciones venideras, que no podemos darnos el lujo de permitir. Los diagnósticos de carácter técnico abundan, la literatura sobre el tema es pródiga y las recomendaciones se han vuelto tan repetitivas que las vemos elementales. Pero las advertencias son tajantes y determinantes: sin agua, la vida se extinguirá. Pero, ¿Cuál es el futuro posible y deseable?



Las percepciones de los habitantes del corregimiento de San Antonio de Prado sobre el futuro de la cuenca de la quebrada la Manguala, oscilan entre el escepticismo y la esperanza. Para muchos, la quebrada es un bello recuerdo y un mal presagio de muerte. Para otros, es una esperanza posible, realizable. Las voces de la mayoría de los líderes comunales y sociales con más arraigo en las zonas de influencia de la cuenca, son de desazón y derrota. Otras, son expresiones contestatarias, vehementes y beligerantes. Unas más, de una indiferencia pasmosa frente a la gravedad del problema. Otras, aunque pocas por cierto, son alentadoras y optimistas.

-Si las cosas siguen a este ritmo ¿Cómo se imaginan la quebrada dentro de 50 años?- era una pregunta obligada ante los diagnósticos diversos que se hacen las gentes de nuestra comunidad.

“No va a haber nada porque es que por allá arriba están construyendo mucha parcela entonces toda el agüita la van cogiendo, y si no arborizan eso por allá... el municipio debería comprar todas esas mangas que eran de los Pérez, todo eso grande y sembrarle a eso como hicieron con Guillermo Mesa que compraron una parte y lo arborizaron”, expresa don Gonzalo Giraldo de la vereda La Florida.

En su apreciación, el señor Giraldo dice que si no se arborizan las zonas de la parte alta de la cuenca, la quebrada desaparecerá. Pero indica de manera expresa que el Municipio de Medellín debe comprar más tierras para reforestar. La señora Clara Inés Quiceno, habitante igualmente de la vereda la Florida, conceptúa que: ***“A no, yo digo que a la vuelta de 50 años ya no hay agua, por eso digo yo que hacer siquiera, ir con bastante gente y sembrar otros árboles a los lados de la quebrada, árboles que si sirvan para producir agua. Comparando con lo que viví en mi niñez con lo que veo ahora me da muy duro, porque ya uno está acabando, los que van a sufrir son los nietos, los hijos, toda la generación que está creciendo les va tocar sufrir por agua”.*** Otro líder tradicional de la Vereda La Florida, el señor Guillermo Antonio Quiceno, dice:

“Esta quebrada en el futuro va a ser menos caudalosa, se va a convertir en un desierto, la verdad es que al paso que vamos si no cuidamos nuestra cuenca, habrá más sequía en la quebrada. ... y si no cuidamos las cuencas desde los colegios y desde los hogares enseñando a los niños a cuidar las cuencas, de verdad que vamos a sufrir una sequía, y el problema más adelante a nivel mundial será del agua”.

Y las voces de desesperanza también se escuchan desde el barrio El Vergel. Don Humberto Salazar agrega que:

“Ya no tenemos quebrada, ya el agua de aquí y si yo estoy vivo, a la vuelta de 20 años ya no tenemos agua; primero la tala de los árboles, segundo las quemas, tercero la gente, ya hay más nacimientos y más gente, yo estando aquí ya no conozco El Vergel, como es la vida, antes eso era cafetales, potreros, ya son solo torres, ¿usted cree que lo que sacaron de ahí para esas torres no martiriza el ambiente?. Con el conocimiento y la sabiduría que proporcionan los años, Don Jorge Bedoya indica: “Si la quebrada la Manguala continua destruyendo su nacimiento arriba, la quebrada va a desaparecer, no va a quedar sino el nombre, eso en el verano en un litro, en un tubo de 3 pulgadas cabe la quebrada.”

Los conceptos pesimistas sobre el futuro de la quebrada La Manguala, son muchos y generalizados dentro de los diversos sectores poblacionales del corregimiento. No obstante, en cada de estas previsiones fatalistas hay a la vez luces de esperanza. Todas las repuestas coinciden en que si no se reforesta y se cuida el nacimiento de la Quebrada, ésta morirá. Otras voces son abiertamente optimistas sobre el futuro de la quebrada, no obstante, ponen presente ciertas consideraciones necesarias sin las cuales no se lograría su preservación.

Mario Rico Hurtado, coordinador de la Mesa Ambiental del corregimiento cree que el estado ha empezado a tomar en serio el cuidado del medio ambiente, no obstante su lentitud: ***“Yo creo que sí podemos salvar la cuenca, estamos nosotros ahí y ya hay mucho sufrimiento y mucho dolor, el Estado aunque es lento como les decía, está tomando nota y la parte politiquera, la parte administrativa adquiere conciencia sobre las aguas. Esta cuenca es muy importante por los acueductos comunitarios de la parte alta, los de la parte alta de esta quebrada la toman, hay un abuso tanto de legales como ilegales; el legal que ha tenido concesión de aguas por parte de la autoridad ambiental toma un poquito más de lo dado por la autoridad ambiental, hay un abuso, entonces las quebradas en su origen y en su naturaleza están muy escasas en cuanto a calidad y cantidad de agua. Esos nacimientos han sido muy afectados, sobretodo la Zorrita, la Cañadita, son predios que desde su nacimiento les toman el agua de forma incontrolada, ya la mesa ambiental ha denunciado eso, hemos cartografiado y caracterizado eso, pero como les dije el estado es lentísimo para hacer sentir su autoridad, su mano frente al abusador, el abusador también es legal”***

Al igual que don Argemiro Pérez y otros habitantes de la Vereda La Florida, Carlos Mario Uribe García, es un defensor connotado y convencido de la importancia de las reservas.

“Hay una alta conciencia ambiental. Esta conciencia ambiental, sumada a la de otros habitantes de la zona, permite que sea una de las reservas ecológicas mejor cuidadas de San Antonio de Prado. Por ello, La Manguala es la primera proveedora de agua para el corregimiento. En los últimos años se ha incrementado su conservación por cuanto la zona del nacimiento es una reserva de aprox. 120 hectáreas en la cuenca alta, lo que ha mejorado mucho la cantidad y calidad del agua. Se cree que en unos diez o quince años podrían regresar animales grandes (mamíferos y felinos) si se cuidan bien las reservas y se evita la presencia de cazadores en la zona. La biodiversidad vegetal está sincronizada y en estrecha relación con la diversidad animal. La una depende de la otra. Con la reserva se ha elevado el nivel de conservación de la biodiversidad de un 40 o 50% al 60 o 70% de lo que era antes”

¿Cómo hacer posible lo que hasta ahora es solo deseable? El tratamiento del problema de la escasez del agua, requiere acciones integrales, que no son solamente restrictivas o jurídicas. Son un conjunto de acciones de carácter público y privado que se complementan entre sí. Hay otras variables de carácter económico y social que se esconden detrás de la clamorosa petición de reforestar. No se trata simplemente de abogar o exigir la reforestación de las tierras que sirven o han servido para actividades agrícolas o actividad ganadera. El campesino tiene que vivir de algo y no va a sembrar bosques nativos si ello no le representa ingresos. No basta tampoco exigir que el estado compre dichas tierras para reforestarlas, sino genera las condiciones para que los campesinos (que deben ser los encargados de cuidarlas), vivan dignamente.

El varias veces mencionado en este texto, Carlos Mario Uribe García, una de las voces más autorizadas sobre el tema dentro del corregimiento de San Antonio de Prado, hace un análisis de otras consideraciones que son necesarias para afrontar la solución al problema de la escasez de agua, en un documento investigativo para la creación de la red ambiental de San Antonio de Prado:

“En este sentido, debe entenderse que si bien el agua, por norma jurídica, pertenece a la Nación y en ese sentido es un bien común; ella no resulta espontáneamente, sino que requiere de unas condiciones específicas en los ecosistemas que permitan su captura a partir de

las precipitaciones, el control de su escorrentía mediante coberturas vegetales boscosas, su infiltración y almacenamiento mediante coberturas propicias y suelos en buen estado que faciliten la percolación y finalmente también requiere la renuncia de los propietarios de predios a usar ciertas zonas en sus unidades productivas (zonas consideradas como receptoras de cuencas) en otros usos alternativos como la agricultura, o la ganadería. Esta renuncia a usos económicos alternativos, debe ser considerada una opción económica y por lo tanto el resultado puede ser considerado como un producto, pues sin esta opción la sociedad en su conjunto y las empresas productoras de otros bienes o servicios, aguas abajo, no tendrían la disponibilidad de este bien para su usufructo y negocio (acueductos, unidades productivas campesinas, empresas agropecuarias, agroindustrias, viviendas, empresas turísticas, trucherías, industrias, empresas comerciales, etc.).

Así las cosas, las zonas en conservación deben ser consideradas también como espacios con usos económicos que producen BSA (Bienes y Servicios Ambientales), entre ellos el agua, y que lo hacen como una opción económica frente a alternativas como las agropecuarias, y por lo tanto sus productos (BSA) deben también ser pagados, pues implican procesos productivos que requieren inversiones económicas (en vigilancia, aislamientos, reparaciones, impuestos, lucro cesante, etc.), que acarrearán costos, que representan costos de oportunidad y por lo tanto deben generar rentabilidad. El cuello de botella se presenta en un hecho socioeconómico: a estos espacios se les exige cumplir con todas las características e inversiones que requieran para garantizar la oferta del bien agua en buena calidad y cantidad, pero no se les reconoce pagos económicos por sus inversiones,.....” (Uribe, 2014, pág. 71)



Ver correr de nuevo a raudales las aguas de la quebrada La Manguala con el mismo ímpetu que tuviera en Antaño, puede parecer una utopía para la mayoría de los pradeños, acostumbrados en los últimos 30 o 40 años a levantar voces de protesta sin obtener soluciones de fondo. Los esfuerzos infructuosos crean apatía y resignación. Aun así, las utopías se vuelven posibles desde el mismo instante en que son soñadas.



Guardianes del Futuro y del Silencio

Un ejército de soñadores y estudiosos, con la mente puesta en las estrellas que iluminan las noches de El Romeral, pero con los pies sobre la tierra, han unido desde comienzos del siglo sus voces a las voces del agua, para decir a los pradeños que el espíritu del Gran Jefe Seattle aún vive en los montes de El Silencio. Preocupados por el deterioro de las cuencas de nuestros ríos, y alentados por las voces centenarias y ancestrales de los abuelos que lograron salvaguardar parte de los nacimientos de nuestros ríos del paso arrasador del hacha colonizadora, estos amigos del bosque y de los ríos, constituyeron una entidad jurídica para defensa, cuidado y conservación de la Reserva El Romeral. Para entonces, la Manguala ya era una quebrada enferma y contaminada en gran parte de su recorrido. Bajaba silenciosa y sedienta. Los murmullos de sus aguas nos traían las historias de atropellos y abusos por parte de los depredadores inescrupulosos de la raza humana. Relatos e historias que por muchos años nadie quiso escuchar, no obstante los rugidos de advertencia y los melancólicos susurros de los hilos de agua que se resistieron a morir.

Pie de Foto: Ignacio Bustamante, Esmeralda Cardona, Aldemar Zuluaga y Efraín Gómez (Fallecido) que junto con Carlos Mario Uribe García fueron los fundadores de la Corporación Pro Romeral

Cuando la Corporación Comité Pro Romeral nació, la Manguala revivió. La mano amorosa que se tendió sobre el bosque dio un nuevo impulso al corazón de las aguas. La esperanza renació y en el paisaje imaginario de las utopías se dibujó de nuevo la quebrada a raudales y los sonidos sedientos del arroyuelo se volvieron cantos vigorosos y torrenciales. No obstante, había que trascender el sueño y la utopía. Para ello, los inspiradores de la idea, equipados con el conocimiento de la academia unos, y otros con el impulso vital de enseñanzas heredadas, cogieron monte arriba y empezaron a curar las heridas infringidas.

La quebrada no ha sanado completamente. En las partes bajas de la cuenca la desidia e inconsciencia ciudadana no ha permitido su recuperación. Pero en la parte alta, donde nace la corriente y habita el corazón de la quebrada, la situación es esperanzadora. Las aguas empiezan a fluir con mayor intensidad y sus sonidos son alegres. Poco a poco la espesura del bosque en El Silencio va borrando las desastrosas huellas de las herencias de nuestros mayores, cuando en nombre del progreso o presionados por el hambre de las desigualdades sociales, arremetieron contra el bosque. Las brujas y los duendes se silenciaron, o tal vez se volvieron cómplices de los Guardabosques voluntarios y los permanentes que vigilan celosamente la vida en la reserva. Ojalá esos “espantos” continúen embolatando a los intrusos, a los taladores de bosque y a los irresponsables cazadores que ahuyentaron la fauna. Necesitamos que la reserva conserve los embrujos para espantar a los enemigos del bosque. Algunos grandes y medianos felinos que se habían ido, se asoman de vez en cuando a lo que fuera su hábitat. Ellos también esperan con ansiedad que la vida en el bosque recobre su antiguo esplendor. Quizás vuelvan los Pumas, los Osos hormigueros, los Osos de anteojos, los Tigrillos, los Venados, las Guaguas, los Cusumbos.

Tal vez escuchemos de nuevo los conciertos de cientos de vistosas aves que llenen de luz y colorido el bosque. Los Gallinazos que habitan las piedras en la parte alta de la cuenca siguen surcando los cielos del corregimiento en busca de su alimento. Quizás vuelvan a nutrirse de animales silvestres que mueran de viejos o enfermos, y no de los que maten cazadores. Los grandes árboles de especies nativas se levantan airoso y pueblan de vitalidad la reserva, creando condiciones favorables para que la vida vegetal y animal recobre su exuberancia.



Aún hay mucho por hacer. No podemos bajar la guardia. Debemos apoyar y gestionar la continuidad de la inconmensurable labor de los Guardabosques y demás defensores de los ecosistemas. Las reservas ecológicas en nuestro territorio deben permanecer en cuidados especiales, hasta tanto se recuperen totalmente y la comunidad haya asimilado los conceptos de Cultura Ambiental. Solo así podríamos volver a chapucear nuestras infancias en los añorados charcos que había en la Manguala, y ver en sus aguas cristalinas como los Corronchos y Capitanes desafían las ganas de pescar. La vida puede brotar a manantiales de la reserva El Romeral, y regar la cuenca quebrada abajo para que los pradeños recobremos nuestra esencia. Gratitud perenne a los amigos de los ríos y a la ninfa de las aguas de San Antonio de Prado: La Manguala.

Bibliografía

Periódico El Reflector. (Abril de 1983). (8).

Betancur, C. E. (s.f.). *Monografía de San Antonio de Prado*.

Borges, J. L. (s.f.). *Poema del cuarto elemento*. Obtenido de <http://www.madrimasd.org/cienciaysociedad/poemas/poesia.asp?id=27>

Club Ensayos. (2014). Obtenido de La Carta Del Gran Jefe Seathl: <https://www.clubensayos.com/Ciencia/La-Carta-Del-Gran-Jefe-Seathl/1971752.html>

Correa, D. (1988). *Historia de San Antonio de prado*. Medellín.

Grupo de investigación memoria histórica, Institución Educativa San José Obrero . (2013). *Haciendo Memoria. Reconstrucción de la memoria histórica de una edificación centro del deporte, la recreación, la cultura y la actividad pedagógica en el corregimiento de San Antonio de Prado*. Medellín .

literario, S. t. (2014). *Relatos de la Memoria Oral de San Antonio de Prado*.

Lorca, F. G. (1920). *Rios y poemas*. Obtenido de Río Genil: <http://www.edu365.cat/eso/muds/castella/literatura/poesia/rios/pantalla6.htm>

Mutis, Á. (1945). *La Creciente*. Obtenido de Meridiano 75: <http://meridiano75.blogspot.com/2009/09/primeros-poemas-1947-1952-de-alvaro.html>

Parque Biblioteca José Horacio Betancur. (2016). *Memorias de mi vereda "El Vergel"*. Obtenido de ¡No imaginábamos la tragedia!: <http://memoriasdemivelvergel.blogspot.com.co/>

Periódico Ciudad Rural. (2010). *Separata ·Relatos de un siglo*.

Saavedra, C. C. (s.f.). *El mundo por dentro*. Obtenido de Sus poemas : http://www.suspoemas.com/poemas/el-mundo-por-dentro_58615

Uribe, C. M. (2014). *Proyecto Redes Económicas y Solidarias en San Antonio de Prado*.

Vélez, J. (s.f.). *Memoria de mi barrio El Vergel*.



**CORPORACIÓN
PRO ROMERAL**

Corporación Pro Romeral

Calle 48 Sur No. 69 A - 26

San Antonio de Prado

corproromeral@hotmail.es

Tel: +57 (4) 286 5734